

MARIPOSA DE SALON



JOE MOGAR



Ya desde niña era precoz.

Había recorrido infinidad de escuelas sin sentar sus reales en ninguna de ellas.

También algunas academias, pero había tenido la suerte de terminar su carrera, aún en contra de la opinión de sus propios padres.

Era preciosa.

Hermosa cien por cien, pero con un endiablado carácter.



Joe Mogar

Mariposa de salón

Bolsilibros - Servicio Secreto - 914

ePub r1.0
LDS 01.01.18

Título original: *Mariposa de salón*
Joe Mogar, 1968
Cubierta: Desilo
Ilustración interior: Altamira
ePub modelo
LDS
, basado en ePub base r1.2



SS SERVICIO SECRETO




CLIFF
MARKAN
SANDRA
BARTOCK
altamira

CAPÍTULO PRIMERO

Ya desde niña era precoz.

Había recorrido infinidad de escuelas sin sentar sus reales en ninguna de ellas.

También algunas academias, pero había tenido la suerte de terminar su carrera, aún en contra de la opinión de sus propios padres.

Era preciosa.

Hermosa cien por cien, pero con un endiablado carácter.

Ahora, ya mayor, el carácter era el mismo. Sus mariposeos por los elegantes salones de Nueva York estaban a la orden del día, con preferencia los clubs nocturnos de la Quinta Avenida.

Claro que en un principio nada de esto sabía yo, y confieso que me costó muy poco trabajo averiguarlo y cuando lo hice no me gustó ni poco ni mucho.

Sobre todo cuando uno se encuentra de buenas a primeras con un cadáver y como único sospechoso a una mujer endiabladamente hermosa.

Más que una mujer, una deliciosa chiquilla de diecinueve años, con muchas curvas encima.

Tantas que cualquier mujer mucho más formada envidiaría sin paliativos de ninguna clase.

Y esto fue lo primero que averigüé de ella tan pronto como la vi entrar en mi oficina del 485 de Times Square en pleno distrito V.

De inmediato me puse en pie porque merecía la pena.

Pelirroja, de rasgados y grandes e inteligentes ojos negros. Nariz fina, boca roja, sensual y el mentón redondo y voluntarioso.

El pelo corto, peinado a la última moda, le daba un aspecto adorable y al mismo tiempo incitante.

Muy joven.

De no más de diecinueve años.

Toda una belleza de mujer, de chiquilla, con tanta o más fachada que el State Building. Con más carrocería que mi coche.

Rodeé la mesa y la enfrenté, dándome cuenta de que a pesar de su juventud, era una verdadera dama, y me pregunté qué desearía de mí.

De un oscuro detective privado como yo.

La enfrenté, como digo, pero no hablé, no pronuncié una sola palabra al darme cuenta de que me estaba examinando tal vez como examinaría un cuadro o un raro objeto puesto ante su vista.

Dejé que lo hiciera, y luego, cuando fijó sus desasosegantes ojos en los míos sonreí y le indiqué uno de los sillones.

—Siéntese, *miss*…

Era una invitación para que me dijera su nombre, pero la hermosa pelirroja no lo hizo por el momento.

—Gracias.

Tenía una voz maravillosa. Como toda ella.

Se sentó y mis ojos fueron a sus piernas.

Era lo único que podía hacer, y me abstraje.

No sé cuánto tiempo permanecimos en silencio, yo migando donde no debía y ella examinándome a su vez, dándose cuenta de ello, pero sin hacer nada por remediarlo, hasta que de un modo repentino habló:

—Cuando deje de examinar mis piernas, a las que está mirando como si nunca hubiera visto otras, le ruego que me atienda, míster Markan.

Ése soy yo: Cliff Markan.

Un tipo como otro cualquiera al que le gustan las mujeres hermosas, los dólares, y el meterse siempre en dificultades.

Levanté los ojos hasta su rostro y ella me sostuvo la mirada.

Inicié una sonrisa.

—¿Decía usted…?

—Que deje de mirar mis piernas. Es decir; si ya se ha cansado de hacerlo. Si es así, le ruego…

—Correcto, *miss*…

—Sandra Bartock, míster Markan. Porque usted es Markan, ¿verdad?

—Soy ése que dice, *miss* Bartock —contesté—. Y ahora, si deja de tomar esas posturas, apartaré mis ojos de sus piernas y la atenderé. ¿Qué es lo que desea?

Siguieron unos segundos de silencio, pero a pesar de mis palabras, ella no descabalgó la pierna ni mucho menos.

Al fin se decidió y dijo:

—Tengo un problema.

—Todos los que vienen aquí los tienen, *miss* Bartock.

—Pero el mío es peligroso para mí y para mi reputación.

Miré sus manos.

No llevaba sortija de compromiso y estuve a punto de sonreír.

—¿Algún amante despechado? —pregunté.

Se puso en pie de un salto con el rostro un tanto enrojecido y vi la furia en sus ojos y la agitación de sus senos cuando farfulló:

—Es usted un cerdo. Nada le da derecho a…

Levanté la mano atajándola y contesté:

—Perdone, *miss* Bartock. Ahora, si quiere, puede continuar con la historia o largarse. Como prefiera.

Me lanzó una larga mirada mientras sus senos se aquietaban un tanto y luego fe dejó caer en el sillón.

Fue entonces cuando empezó a mirar todo cuanto me rodeaba llevando en los adorables y sensuales labios una sonrisa despectiva y comprendí que se estaba burlando de mi destartalado despacho.

De la pobreza que había en él, y aquello me sentó peor que un tiro, pero no dije nada al respecto.

Me limité a esperar sin dejar de mirarla.

Por fin volvió los ojos hacia mí, me miró de pies a cabeza y preguntó:

—¿No desearía trasladar este despacho a la Quinta Avenida o a la Madison Avenue, pesquisa? Es decir, ¿no le agradaría montar uno en cualquiera de esos dos sitios?

Claro que me gustaría. Lo pensé así, pero no se lo dije de momento.

El principio no me gustaba ni mucho menos.

Ella tenía que ser rica. Tenía que nadar en dólares, *y*como todas creía que con aquéllos se podía comprar todo.

Al llegar a esta conclusión contesté:

—A cualquiera le gustaría, *miss* Bartock. Por tanto yo no voy a

ser menos.

—Pero no cuenta con los dólares suficientes para ello, ¿verdad?

—Correcto; así es.

Me sonrió mostrándome la innegable blancura de sus dientes pequeños e iguales, produciéndome un leve y agradable cosquilleo en la nuca.

—Yo puedo ayudarle si lo desea, pesquisa.

No vacilé en formular la pregunta:

—¿Por qué?

Sonrió de nuevo, pero ahora su sonrisa difería bastante de la primera. Sencillamente vacilaba en darme una respuesta concreta. Tenía miedo, y no sabía de qué.

Tampoco podía preguntar directamente.

Repentinamente se decidió.

Lo vi en sus ojos unos segundos antes de que se pusiera en pie. Y al contestar noté que su voz se había vuelto repentinamente ronca:

—Si quiere saberlo, míster Markan, venga conmigo.

—¿Dónde?

—Conmigo. A mi apartamiento de la calle 52, entre la Quinta y la Sexta Avenida. En el número 392. ¿Viene? Tengo mi coche abajo.

La miré atentamente, notando cómo de inmediato apartaba sus ojos de los míos, y de nuevo experimenté la sensación de que tenía miedo de algo.

Me tocó vacilar a mí.

¿Una trampa? ¿Por qué?

Repentinamente, comprendí que aquello era altamente ridículo y me decidí.

—Vámonos —dije.

Salió delante de mí, cerré la puerta de mi destartalado despacho y fijé mis ojos en el movimiento sinuoso de su hermoso cuerpo y el de sus caderas, por lo que continué detrás hasta alcanzar el ascensor, preguntándome por primera vez por qué me había escogido a mí, un oscuro «pesquisa», para algo que ella deseaba habiendo en Nueva York muchos mejor situados que yo.

Alcanzamos la calle.

El coche era un «Jaguar» del modelo más reciente y le miré por todos lados, mientras ella abría el bolso, tomaba las llaves y abría la portezuela.

Pasó al interior, rodeé el coche y me coloqué a su lado en el más absoluto silencio.

Mediábamos el camino hacia la calle 52 cuando dije:

—¿Qué hay de su apartamento, preciosa?

Frunció el ceño y me lanzó una fugaz mirada a través del retrovisor.

—Algo que le interesará ver. Luego debe deshacerse de ello y entonces le pagaré lo suficiente para que pueda montar un buen despacho en el lugar más céntrico de la ciudad. Incluso con secretaria, si le conviene.

Estuve a punto de decirle que para mí sería un placer si ella se avenía a serlo, pero en el último segundo me callé.

—¿Qué es ello?

—Ya lo verá, míster Markan —replicó secamente.

Había palidecido y no supe a qué achacarlo. Si a mis preguntas o al miedo que indudablemente sentía por algo que para mí aún era un misterio.

Pregunté, cambiando el tópico de la conversación:

—¿Por qué me escogió a mi entre tantos, *miss* Bartock?

—Si le dijera esto sabría de este asunto tanto como yo, míster Markan, y por ahora no es conveniente —contestó con frialdad.

Callé por el momento y de nuevo me complací en la contemplación de sus hermosas piernas envueltas en nylon, mientras Sandra continuaba conduciendo con inusitada pericia en dirección a la calle 52 por entre el intenso tráfico de aquella hora del anochecer.

Finalmente detuvo el coche y se volvió a mí para mirarme.

—Hemos llegado —dijo innecesariamente—. Venga conmigo, por favor.

Su voz sonó de nuevo alterada a mis oídos, en tanto abría la portezuela para descender.

Hice lo propio y emparejé con ella cuando ya estaba introduciendo el llavín en la cerradura de la puerta que daba acceso a aquel elegante edificio de apartamentos.

Me encaminé al ascensor, pero Sandra me tomó del brazo mucho antes de que lograra alcanzarlo.

—Lo lamento, pesquisa —dijo en un susurro—, pero no quiero llamar la atención. Por tanto, subiremos por la escalera.

Lo hicimos así hasta el décimo piso.

Una vez en el pasillo nos detuvimos frente al número 45, letra C, y de nuevo, Sandra utilizó su llavín particular para abrir la puerta.

Pero ahora era para entrar en su apartamento.

Cuando creí que lo haría así, ante mi estupor, ella se volvió hacia mí con los grandes ojos muy abiertos y dijo:

—Será mejor que entre usted primero, míster Markan. Es… es en el *living*, ¿comprende?

No comprendía nada, pero hice lo que deseaba.

Pasé delante con la mano derecha bajo la axila izquierda acariciando la «Colt-Cobra» que llevaba.

Detrás mío, Sandra encendió la luz y luego oí su taconeo cuando empezó a andar detrás de mí.

La puerta del *living* se encontraba entornada, por lo que pude advertir que las luces del interior del mismo estaban encendidas.

La empujé violentamente y entré.

Miré en torno.

El *living*, grande, espacioso, amueblado con lujo exquisito, sin estridencias de ninguna clase, pero vacío.

Completamente vacío.

Allí no había nadie.

Me volví a mirarla.

Recostada contra el marco de la puerta, Sandra me miraba, y en lo más profundo de sus grandes y negros ojos creí ver algo de temerosa sorpresa, pero no pude jurarlo.

Aún hoy, tampoco podría hacerlo.

Hice ademán de hablar, pero tampoco pude, ya que ella lo hizo antes.

—Registre el apartamento, por favor —dijo con *voz*ronca.

Lo hice, llevando el arma en la mano.

Cuando terminé y regresé al *living*, Sandra no se encontraba allí. Una puerta entornada en el fondo me dijo el lugar donde se encontraba. Avancé unos pasos y casi en el acto oí su voz.

—Espere un momento, Markan —dijo, sin darme tratamiento—, que ahora salgo.

Apareció poco después.

Vino hacia mí moviéndose igual que una serpiente.

—¿No hay nadie? —preguntó.

Contesté con otra pregunta:

—¿Lo hubo alguna vez?

Su mirada se hizo torva.

—¿Qué quiere decir?

—Nada —contesté—. Si hay en realidad algo que decir, eso tiene que hacerlo usted.

Sandra tardó bastante en contestar.

Minutos, ya que de un modo repentino se apartó de mi lado, fue al frigorífico, de allí al mueble-bar donde preparó dos *whiskies*, regresó a mi lado y entonces, al entregarme uno de los vasos, fue cuando lo hizo:

—Creo que me precipité, Markan.

La llamé por su nombre al preguntar:

—¿Qué quiere decir, Sandra?

Me sonrió, quizá un tanto nerviosamente.

—Simplemente, que creí encontrar algo que no deseaba y me equivoqué.

Me miró en espera de mi respuesta, y como quiera que no se la di, prosiguió, ahora con una frase convencional:

—Dígame cuánto le debo por el paseo, Markan.

La miré de pies a cabeza, fui a contestar y entonces añadió:

—Siéntese y bébase ese *whisky*, querido.

Hice como si no la hubiera oído.

—Creo que no me debe nada, Sandra, excepto el paseo. Pero no se preocupe, siempre es agradable hacerlo en compañía de una mujer tan hermosa como usted, y con esas piernas.

Y se las señalé.

No se inmutó por ello, sino que preguntó a su vez:

—¿No quiere beberse el *whisky*, Cliff?

Denegué con la cabeza, di media vuelta y caminé hacia la puerta. Antes de llegar a la misma, ella me llamó:

—¡Espere!

Me volví hasta enfrentarla.

Llevaba en la mano un billete de quinientos dólares y avanzaba hacia mí con los mismos movimientos que al principio.

—Tome, por la molestia —dijo.

Los tomé sin remordimientos de conciencia y me los embolsé.

Acto seguido fui a la puerta y ella vino detrás. La abrí y me volví

para mirarla.

—Gracias por el paseo, ricura —dije un segundo antes de enlazarla por la cintura para besarla en los rojos y sorprendidos labios—. Buenas noches.

No me contestó.

CAPÍTULO II

Fue cinco días más tarde cuando supe de Sandra.

Y me sorprendí.

La verdad era que ya la había olvidado. Para mí, Sandra Bartock, contando con que me hubiera dicho la verdad aquella noche, no era ni más ni menos…

Es decir, para mí no representaba nada más que yo había sido para ella el capricho de una millonaria o, en su defecto, el de una niña rica.

Desde luego, no era nada agradable, pero era, y ni yo ni nadie podía cambiar los acontecimientos.

Aquel anochecer, cinco días más tarde, tomé el sombrero y me lo encasqueté luego de haberme puesto la americana.

Aburrido soberanamente me encaminé hacia la puerta de mi destartalado despacho, la abrí, introduje la llave en la cerradura, por la parte de fuera, y en aquel entonces repiqueteó el timbre del teléfono.

Dudé unos segundos entre marcharme o atender la llamada y opté por lo segundo.

Dejé puesta la llave, crucé el despacho y tomando el auricular del teléfono lo descolgué.

—¿Dígame?…

—¿Míster Cliff Markan?

La voz era de mujer y me sobresaltó, porque la reconocí de inmediato.

—Sí, yo mismo —contesté secamente.

Hubo unos segundos de silencio y, al fin, Sandra dije si otro lado del hilo:

—Soy Sandra Bartock, Markan, ¿puede venir a buscarme?

Estuve tentado de decir que no, pero en el último segundo pensé lo contrario y contesté:

—Correcto, preciosa; ¿dónde se encuentra ahora?

—En el «Pelikan». Es un club…

—Sé dónde está —atajé—. Y dígame, ¿qué es lo que desea?

Su voz se me antojó apremiante cuando contestó:

—Hablar con usted. Es muy importante.

Me permití una sarcástica sonrisa antes de contestar:

—¿Lo mismo que la primera vez, Sandra?

Su voz se volvió súbitamente angustiosa.

—No, Markan. Ahora…, ahora es diferente. Venga, por favor. Le daré…, le daré todo lo que le prometí. Tengo miedo, ¿sabe? —Hizo una pausa y añadió—: Mucho miedo, Cliff.

No pude contestar, ya que colgó el auricular sin darme tiempo para ello.

Deposité el mío sobre la horquilla, y acto seguido clavé los ojos en la pared, pensando.

Si era una nueva burla para mí, y por parte de ella, aquella mariposa de salón lo iba a sentir en extremo.

Me permití el lujo de tomar un taxi hasta el «Pelikan».

Se encontraba en la barra, subida a uno de los altos taburetes, con la falda a medio muslo, mostrando a la clientela la profusión maravillosa de sus largas y bien torneadas piernas.

Se volvió a mirarme apenas entrar y adiviné que a través del espejo había estado vigilando la puerta hasta aquel momento.

No me sonrió.

No dijo nada cuando me acomodé a su lado, pero me di cuenta de que su bello semblante estaba tan pálido como un lirio.

Pedí un *whisky* y la miré.

—¿Y bien?…

Hizo una mueca.

—Tome eso rápidamente y vámonos —dijo.

Bebí un poco y pregunté:

—¿Adónde?

La respuesta fue la misma que ya me diera cinco días atrás:

—A mi apartamento, pesquisa.

Me permití una sonrisa y bebí hasta apurar el contenido del vaso.

Cuando terminé de pagar, Sandra avanzaba hacia la puerta y la admiré una vez más. Se había vestido de tiros largos. El vestido de «lamée» le llegaba hasta los pies, y en la espalda, hasta la cintura, no tenía nada. Delante poco más, pero, según mi propia opinión, aquel poco aún le sobraba.

Subimos al «Jaguar» y condujo hacia la calle 52 en silencio, que duró unos cuantos minutos hasta que me decidí a cortarlo.

—¿Qué es lo que ocurre ahora, linda?

—Se lo diré en el apartamento.

—¿Si?

—Seguro —hizo una pausa y añadió—: Deseo que vea algo, luego le explicaré una historia y usted juzgará por sí mismo, míster Markan.

—¿Qué clase de historia, Linda?

Sus hermosos y desnudos hombros se estremecieron imperceptiblemente y contestó:

—La de un asesinato.

Respingué sobre el asiento.

—¿Quién era el muerto? —pregunté.

—Se lo diré en mi apartamento.

No contesté.

La mueca que ahora había en sus labios me dijo claramente que Sandra ya no diría nada más hasta que no llegara el momento que ella misma juzgara conveniente.

Subimos utilizando el ascensor.

Sandra abrió la puerta y me condujo al salón.

—Siéntese mientras la preparo algo para beber, Markan —dijo, apeando el tratamiento.

Lo hice sobre el sofá y esperé.

Cuando regresó a mi lado se sentó sobre uno de los sillones, frente a mí y me dio uno de los vasos que llevaba, conjuntamente con un periódico.

—Viene en primera página —dijo secamente, con una voz que parecía el chirrido de una puerta sin engrasar.

Deposité el vaso de *whisky* a mi lado, sobre la mesita, y abrí el diario.

Era poco.

Una fotografía de un hombre, de buen aspecto, cuando aún se

encontraba completamente vivo, y la otra, ya muerto.

En resumen, el cuerpo del joven Robert Latimer Joss había sido encontrado en el Hudson, en una cala, casi en estado de descomposición, con un balazo en medio de la cabeza.

La policía opinaba que fue muerto lejos de allí y luego llevado en coche hasta la misma orilla del río. Se desconocían los motivos, pero se tenían sospechas sobre el posible asesino. Ahora estaban investigando dónde pasó su tiempo, por lo menos, con una antelación de cinco o seis días.

Eso era todo.

Plegué el periódico y la miré.

—La estoy escuchando, Sandra —dije.

Vaciló un poco, tomó su vaso con mano que temblaba y lo apuró de un trago.

Sus mejillas se colorearon un poco y contestó con una pregunta:

—¿Cuánto vale para usted sacarme de este lío, Markan?

Fingí una sorpresa que no sentía y repliqué:

—¡Ah! ¿Pero es que se encuentra en alguno?

Sus negros ojos chispearon.

—Usted sabe que sí. De lo contrario, no le hubiera llamado.

—Correcto —contesté—. ¿Qué clase de lío?

—Ese hombre. El asesinado…

—¿Sí?

—Era un amigo mío. Un buen amigo.

De nuevo me sentí grosero y pregunté:

—¿Cómo cuánto, linda?

Se puso en pie de un salto y en la expresión de su boca y ojos adiviné que tenía a flor de labios una respuesta aplastante, pero no la pronunció.

Simplemente, lanzó un suspiro, se dejó caer sobre el sillón que ocupaba, cabalgó una pierna sobre la otra y contestó:

—Muy amigo, pero no tanto como para tener un *affaire* con él.

—¿Qué más?

—Antes de continuar con la historia, Markan, deseo que me responda a lo que le pregunté con anterioridad. —Hizo una pausa que no interrumpí y añadió—: Estoy dispuesta, si me saca del lío en que me encuentro, a montarle un despacho en donde quiera. Eso, y veinte mil dólares en efectivo. ¡Ah! Para eso pongo por condición

otra cosa. No deseo que mi nombre aparezca en los periódicos, Markan.

Forcé una sonrisa.

—Eso es casi inevitable, linda. Cualquiera se lo puede decir.

—No si me oculta de la policía. Usted puede hacerlo.

—¿Sí? ¿Y cómo?

Su respuesta me hizo dar un respingo.

—En su apartamento de usted. Está bastante retirado de aquí y fuera del círculo donde yo acostumbro a moverme. Le prometo no salir a la calle ni asomarme a la ventana basta que todo esto haya terminado.

Aquello no podía ser ni mucho menos. La policía averiguaría cuáles eran las amistades de Robert Latimer y el nombre de Sandra Bartock saldría a relucir casi al instante.

Iba a hacérselo comprender así, cuando pensé otra cosa. Para aquello tenía tiempo de sobra.

—Correcto, linda —dije—, la llevaré allí si me explica las cosas con claridad, y sin mentir. ¿Qué fue lo que ocurrió con ese Latimer Joss?

Siguió un silencio; largo hasta lo infinito.

Sandra lo rompió con la voz ronca:

—Me lo encontré aquí, en el centro del *living* —se estremeció—, muerto, con un balazo en medio de la cabeza. La automática, una «Colt» calibre 45, se encontraba a su lado —vaciló unos segundos y añadió—: Perdí la cabeza y la tomé entre mis manos. Luego, al comprender lo que había hecho la dejé caer al suelo y corrí fuera del apartamento. Por espacio de un par o tres de horas fui de un lado para otro hasta que me dije… Bueno, busqué una pesquisa al que le faltara lo principal. Di con usted. Ahora, si hay un medio de arreglarlo…

La interrumpí pasando por alto muchas de sus palabras. Las necesarias para no tener que mandarla al cuerno y contesté:

—Eso quiere decir que cuando habló conmigo, el cadáver de Robert Latimer se encontraba en este apartamento, ¿no?

—¡Claro! Por eso le traje a usted. Luego. —Comprenda mi sorpresa al no verle aquí… Y yo creí que todo había terminado, pero no es así.

Sin saber por qué lo hacía pregunté:

—¿Por lo del periódico?

Vaciló.

Vaciló mucho mientras que sus manos no podían estarse quietas de ningún modo, hasta que, por fin, estalló:

—¡No!

No me sorprendió, ya que lo esperaba.

Pregunté entonces:

—Conteste, Sandra, pero con la verdad. ¿Qué fue lo que verdaderamente ocurrió?

De nuevo vaciló antes de responder:

—Espere un poco, pesquisa.

Se puso en pie, dio media vuelta y me dejó solo.

Cuando regresó al cabo de los pocos minutos, llevaba en la mano un largo y blanco sobre que me entregó.

Lo abrí.

Eran fotografías y me sobresalté al verlas.

El interior del apartamento donde me encontraba, el cadáver de un hombre, y con toda claridad la automática caída en el suelo.

Había en aquellas fotografías, en un total de tres, detalles más que suficientes para llevar a la silla a Sandra, o, en su defecto, para hacerle pasar un mal rato.

Las guardé en el sobre e hice desaparecer éste en las profundidades del bolsillo interior de mi americana.

Sandra no dijo nada.

Me miraba.

Ahora, con mis ojos fijos en los suyos, pregunté:

—¿Le mató usted, Sandra?

Denegó con la cabeza y contestó de viva voz:

—No, Markan, de ningún modo.

Durante unos segundos no supe lo qué decir y luego pregunté:

—Dígame, querida, ¿qué significaba Latimer para usted?

Arrugó el entrecejo.

—Ya se lo dije, pesquisa. Era un amigo. Un buen amigo, pero nada más.

—¿Había venido muchas veces a este apartamento?

Su rostro se coloreó ligeramente cuando respondió:

—Si. Varias veces. Pero no era él sólo el que venía. Me gustan los hombres, Markan, pero hasta cierto extremo. Como me gusta

usted, sin que por eso se pueda pensar o sospechar de otra cosa. Tengo amigos y amigas. Un buen círculo. Ellos vienen, como yo voy a casa de ellos, pero nada más. El «Pelikan», «El Fígaro», «El Ciro's»
—citó media docena más y continuó—: son clubs y salones a los que suelo ir. Me conocen en todos. Alterno con unos y con otros, pero nadie puede decir que en mi vida ha habido o hay algún hombre, ya que no es cierto.

Se interrumpió esperando mi respuesta y se la di diciendo en una pregunta la verdad de lo que pensaba:

—Si Latimer no era su amante, Sandra, ¿quiere decirme cómo diablos pudo entrar en su apartamento sin que tuviera una llave del mismo?

Vi el desconcierto en sus grandes y desasosegantes ojos negros y cómo movía de un lado a otro su hermosa cabeza pelirroja.

—No lo sé, Markan, y crea que le estoy diciendo la verdad.

Sin replicar a sus palabras formulé otra pregunta:

—¿Quién se ha hecho cargo de la investigación? Usted lo sabe, ¿verdad?

Ahora no vaciló al contestar:

—El teniente Mulligan, del departamento de Homicidios —dijo.

Conocía al teniente Jess Mulligan y estaba seguro de que él me reconocería a mí. Es decir, que me recordaría. Sólo una vez, y de esto hacía tres años, habíamos trabajado juntos en otro embrollo.

Pero no se lo dije a Sandra, la cual, por otra parte, parecía estar obsesionada por otra cosa, además del asesinato en sí.

Preguntó al respecto cortando el hilo de mis pensamientos:

—¿Cuándo me va a llevar, Markan?

Pregunté a mi vez:

—Veamos una cosa, querida —dije—, en concreto, ¿qué es lo que desea de mí además de que le evite las molestias de los periodistas y de la policía?

Me miró con los ojos muy abiertos y respondió:

—Que trate de desconcertar a la policía si encuentra una pista que les conduzca a mí, ¿comprende? Eso es lo que deseo. No quiero que me detengan. Yo no le maté y para mí… sería horrible si me viera delante de un tribunal. —Calló unos segundos, en el transcurso de los cuales quedó sumamente pensativa, y añadió, sin

apartar sus bellos ojos de los mío—: Una vez, cuando pequeña, estuve presenciando un juicio en la que una mujer fue condenada a muerte. Es…, es… algo que no olvidaré, Markan. Sáqueme de este embrollo y le daré lo que me pida.

—Al parecer, usted, Sandra, tiene los suficientes dólares para comprarlo todo, ¿verdad?

Me miró, sacudió su bella cabeza y contestó sencillamente, sin afectaciones de ninguna clase:

—Sí, muchos.

No contesté a aquello, pero sí dije, luego de forzar una sonrisa:

—¿Cómo encontró esas fotografías?

—En el correo. Vinieron ayer en ese mismo sobre que usted tiene en el bolsillo. El matasellos es de Nueva York, Como ve, no nos dice nada.

Era la verdad.

—¿Y qué cree usted, Sandra?

Me entendió en el acto y contestó:

—Estoy segura de que se trata de un chantaje. Por eso deseo desaparecer de aquí cuanto antes. Dígame, ¿va a llevarme con usted?

La miré vacilando.

Podía hacerlo, pero aquello no conducía a nada. Más tarde o más temprano, sino la policía, el chantajista o los chantajistas, si es que efectivamente se trataba de un chantaje, lo descubrirían.

No obstante, quizá fuera conveniente mantenerla alejada de su apartamento unas cuantas horas. Las suficientes para que yo pudiera moverme con entera libertad.

—De acuerdo, lo haré. Pero antes, quiero que me diga unas cuantas cosas.

—Pregúnteme —me alentó.

—Quiero que me de las señas de Latimer y los nombres de sus amistades, querida. Tanto masculinas como femeninas.

—¿Todas?

Fruncí el ceño pensativamente.

—No —repliqué—. Con los más íntimos me conformaré.

—Espéreme, ¿quiere?

Se puso en pie, abandonando el sillón y de nuevo mis ojos patinaron por su figura desde la altiva y pelirroja cabeza hasta los

pies.

Muy hermosa y muy joven.

Demasiado para mí.

Demasiado para cualquiera.

Tomé el vaso y apuré el *whisky*.

Cuando Sandra reapareció a mi lado habían pasado más de diez minutos, y al verla supe lo que había estado haciendo.

El vestido de noche que llevaba había sido cambiado por una escotada blusa y una corta y acompañada falda, que dejaba al descubierto las piernas desde un dedo por encima de la rodilla.

En la mano sostenía un papel que me entregó apenas se detuvo a mi lado.

—La lista de mis amistades —dijo—. Por lo menos, las íntimas. Estúdiela. Ahora…

La miré fijamente y dije:

—Ahora, me voy que es bastante tarde. Mañana…

Me interrumpió en seco:

—He preparado alguna de mis cosas para llevármela conmigo. Por tanto, voy a acompañarle a usted.

Vacilé unos segundos.

—De acuerdo, linda, vámonos.

De nuevo me dejó solo.

Cuando al cabo de un largo minuto la vi reaparecer a mi lado, llevaba en la mano una pequeña maleta de viaje.

—Es ropa —dijo sencillamente—. Me hará falta donde quiera que vaya.

Salimos.

Sandra cerró el apartamento y ante mi estupor me dio la llave del mismo.

—Guárdela usted, pesquisa —dijo—. Tal vez le haga falta para entrar en él uno de estos días.

La guardé y descendimos hasta la planta baja utilizando el ascensor.

En el interior del «Jaguar» la miré fijamente, luego la prendí por la cintura y la besé en los labios.

Me mordió rabiosa, se separó, y en el interior del coche estallaron un par de bofetadas.

—Es la segunda vez que hace eso conmigo, pesquisa dijo con voz

hosca —y no me gusta. No es que me asuste por un beso más o menos, pero es cuando son de mi gusto; con mi consentimiento. Por tanto, guárdese de repetirlo.

Esperé unos segundos, creyendo que iba a desistir de la idea que llevaba en la mente, pero no fue así, ya que al cabo de los mismos preguntó:

—¿Nos vamos?

—Sí, ahora mismo —contesté.

Embragó, di mi dirección y condujo a moderada velocidad hacia la calle 50 donde tenía instalado mi apartamento.

Ya en el interior nos miramos un poco cohibidos, como lo que éramos en realidad; como dos extraños.

Fui yo el que rompió el silencio.

—Ahí está el dormitorio, linda —dije—. La llave está puesta por dentro —miré el desvencijado sofá y añadí—: Yo pasaré la noche en el sofá.

Me sonrió.

—Creo, pesquisa, que voy a ocasionarle muchas molestias.

Me encogí levemente de hombros y pedí, haciéndola respingar:

—Y ahora, antes de que se vaya a dormir, quiero que me de la nota, Sandra.

Me miró con los ojos muy abiertos.

—¿Qué nota? —preguntó.

Sonreí, pero mi sonrisa no era nada agradable.

—La del chantajista, querida. No me diga que las fotografías llegaron solas, porque no voy a creerlo.

—¡Míster Markan!

Alargué la mano dando un paso hacia ella.

—Vamos, sea buena chica y deme esa nota, ¿quiere?

—No había nota alguna. Es…, es la verdad.

Volví a encogerme de hombros y giré hacia la puerta.

—¿Dónde va ahora?

—A llevar su coche a su garaje, pero antes voy a limpiar todas mis huellas digitales del mismo, ¿comprende?

No me replicó y salí a la calle.

CAPÍTULO III

Jess Mulligan era alto, macizo, de espesa pelambrera rubia y de no más de treinta y cinco años de edad.

Inteligente, fuerte como un toro, y de fríos e insondables ojos pardos.

Se puso en pie cuando aquella misma mañana me vio entrar en su oficina estudiándome de pies a cabeza, como sólo le había visto hacerlo una vez.

Me tendió la mano.

—Bienvenido al precinto, pesquisa —dijo suavemente, con una engañosa suavidad que no logró desconcertarme en modo alguno—: ¿Qué es lo que desea de la pobre policía Metropolitana?

Contesté, siguiendo un plan trazado de antemano:

—Hablarle de un hombre asesinado. De Robert Latimer Joss.

Nada en su agresivo rostro me dijo si le habían o no impresionado mis palabras.

Tampoco, contestó:

Esperaba.

—Leí que le mataron —dije.

—¿Sí?… ¿Y cuándo?

—Ayer. En un bar de la Madison. Me encontraba tomando café y…

Fue entonces cuando me interrumpió:

—¿Qué sabe de eso, pesquisa?

—Nada.

—¿No?… Entonces, ¿qué es lo que quiere?

—Me expresé mal al principio —dije—. Lo que deseo es que hablemos de él.

—Por supuesto que será así, Markan. Pero antes me tiene que

decir qué interés le mueve a ello. Dígame, ¿quién le encargó que investigara este caso?

—Nadie —contesté sin una vacilación.

—¿De verdad?

Sus palabras sonaron socarronas a mis oídos, pero de antemano ya había decidido ser yo el centro de todo, y no él, por lo que repliqué sin dar mayor importancia al suceso:

—Es la verdad, aunque no me crea, teniente.

—Si es así, ¿a qué diablos ha venido?

—Ya se lo dije, a que hablemos de él.

—¿Por qué? ¿Qué interés le mueve?

Vacilé durante unos segundos y contesté:

—Verá, teniente: conocí a Robert Latimer hace días. Catorce o quince en total. Vino a verme. Al parecer, tenía miedo de ser víctima de un chantaje.

Sus ojos brillaron con sumo interés.

Fue sólo un segundo, pero para mí suficiente, y me dije que, una vez lanzando por la pendiente, lo mismo daba una mentira más que menos, por lo que proseguí:

—No nos entendimos. Me di cuenta que me mentía y cuando se lo dije no supo qué contestarme.

—¿Qué clase de chantaje?

—No lo sé. Ésa es la verdad. Ahora he leído lo de su asesinato y me picó la curiosidad. Por eso vine.

—¿Y qué piensa hacer, pesquisa? ¿Investigar por su cuenta?

—¿Por qué no? Me interesa el caso y ahora no tengo mucho trabajo. Diciendo la verdad, teniente, no tengo ninguno.

Me miró lleno de sospecha.

Aquello también sabía que iba a ocurrir, pero no me preocupaba. Estaba seguro de que cuando él llegara a la verdadera pista, Sandra, mi cliente, estaría fuera de toda sospecha, a no ser que ella misma fuera la asesina, lo que era más que probable.

Pero yo no era juez para condenarla.

Como el abogado, a mí también me pagaban, sino para defenderla, si para que investigara, y el caso era casi el mismo, se mirara por donde se mirara.

—Correcto, pesquisa, ¿qué es lo que desea saber?

—Sencillamente, cómo le mataron. Es decir, el diario dice que

de un tiro en la cabeza y luego le echaron al río. ¿Es cierto?

—Sí. ¿Algo más?

Hice una mueca.

—¿Dónde le asesinaron?

—Aún no lo sabemos, a no ser que usted nos lo diga, Markan —soltó de sopetón.

Confieso que ahora me sorprendí, ya que aquello sí que no lo esperaba en modo alguno.

—¡Teniente!

Me miró socarrón.

—¿Sorprendido, pesquisa?

—¡Claro! Eso es tanto como afirmar que fui yo el que le mato.

—No necesariamente, Markan, y usted lo sabe.

—¿Entonces?…

Me atajó con un gesto.

—Usted, pesquisa, pudo muy bien saber el lugar en que le mataron. Pudo estar en contacto con él con respecto a ese chantaje, y, por fin, puede estar engañándome al afirmar que no se entendieron los dos y por eso está aquí. ¿Es o no es así?

—Continúe pensando de ese modo e irá lejos, teniente.

No me contestó.

Dejó transcurrir unos segundos de silencio en el transcurso de los cuales no dejó de mirarme, y contestó de un modo que me sorprendió por segunda vez:

—Voy a creerle, pesquisa. Siendo así, en concreto, ¿qué es lo que desea saber?

—Muy poco más, teniente —contesté—. Sólo un par de preguntas y ya está.

—¡Hágalas, Markan!

—¿Tenía familia? —Y añadí deprisa, mucho antes de que lograra interrumpirme—: Cuando vino a mi despacho no tuve tiempo de preguntarle por nada. Incluso asegurarla que…

—Tiene. Una madre y una hermana. Y varios amigos y amigas.

Presté atención por si sonaba el nombre de Sandra, pero Mulligan no pronunció ninguno.

Simplemente, se limitó a preguntar:

—¿Algo más?

—Sí. Deme sus señas, ¿quiere?

Me miró suspicaz.

—¿Para qué? ¿Para continuar investigando?

—¿Y por qué no? —pregunté a mi vez—. Me interesa el caso y creo que se lo dije en un principio.

Vaciló de nuevo y adiviné lo que estaba pensando y también lo que me iba a contestar.

No me equivoqué ni un ápice en ello, ya que respondió:

—De acuerdo, pesquisa, voy a darle las señas de Latimer. Pero tenga cuidado y no de un resbalón del que se pueda arrepentir.

Hice como si no le hubiera oído y esperé.

Fue muy poco.

Lo que tardó en garabatearlas sobre un blanco papel.

Me las dio, leí, y las guardé en uno de mis bolsillos. Fue entonces cuando dijo:

—Si no necesita nada más, pesquisa, puede irse. Tengo mucho trabajo. ¡Ah, tenga cuidado! ¿Comprende?

Le comprendía demasiado bien.

Me daba cuerda para ver si me ahorcaba con ella.

Eso era algo que iba a tener muy en cuenta en lo sucesivo.

Abandoné el despacho sin pronunciar una sola palabra más, y me encaminé hacia el coche que había alquilado con el adelanto que Sandra me diera la noche anterior y me puse en marcha.

Hacia la carretera que une Nueva York con Elizabeth.

Recorrí cinco millas en aquella dirección y entonces vi la quinta.

De dos plantas, estilo colonial.

Con piscina y una ninfa rubia nadando en ella.

La vi a poco de entrar en el bien pavimentado camino que conducía desde la carretera hasta la misma.

Detuve el coche a pocos pasos, descendí del mismo y empecé a acercarme pausadamente.

Ella me vio de inmediato, nadó hacia la orilla, subió por la escalerilla, y en contados segundos la tuve frente a mi…, y perdí el resuello.

Rubia, pero de tez bronceada. Tanto o más joven que Sandra y mucho más hermosa. De rasgados ojos verdes, nariz fina, boca de labios furiosamente rojos y sensuales, y de voluntarioso y redondo mentón.

Me llevé la mano al sombrero, me lo quité, y entonces ella habló

mirándome seriamente:

—Esto es un camino particular, míster…

—Cliff Markan es mi nombre —atajé—. Y sí, ya lo sé, vi el letrero a la entrada del camino.

—No obstante, no hizo caso. ¿Por qué?

—Deseaba hablar con algún miembro de la familia Latimer.Eso es todo.

El bonito ceño de ella se frunció.

—Sí, es lo que supuse apenas vi su coche.

—¿Y…?

—Nada. No tengo nada que decir a los periodistas. Si usted no vino antes, lamento que ocurriera así, pero ya he sufrido bastantes molestias con todo esto. Y ahora, a trueque de parecer grosera, le ruego que se marche.

—No soy periodista, *miss*…

—Hellen Latimer —contestó mirándome con inusitado interés—. ¿Policía?

Me permití una sonrisa.

—Pongamos que es así, *miss* Latimer. ¿Cambiaría eso las cosas?

—Sí, si me estuviera diciendo la verdad.

—¿Y no es así?

—No.

—Correcto —contesté—; no soy policía. No oficial, ¿comprende?

—No —repitió.

Extraje la cartera y de ella una de mis tarjetas.

Se la di y la leyó atentamente. Luego me miró con curiosidad.

—Un privado, ¿no? Un pesquisa… Creo…, creo que es interesante.

Yo no veía el interés por ninguna parte. Iba a decírselo así cuando ella añadió, señalándome una de las dos sillitas plegables que había allí.

—Siéntese, míster Markan, ¿quiere?

Quería, y, por tanto, lo hice mirándola a los ojos.

Se sentó frente a mí y preguntó:

—¿Y bien, pesquisa? ¿Qué es lo que busca en esta quinta?

—Una pista. Si puedo.

Cabalgando una pierna sobre la otra preguntó:

—¿Para qué?

—Creí que ya lo había comprendido, *miss* Latimer. Estoy tratando de encontrar a la persona que asesinó a su hermano.

Su hermoso rostro se nubló y volvió a preguntar casi exactamente del mismo modo que lo hizo con anterioridad.

—¿Por qué?

Sonreí.

—Porque me pagan para ello.

—¿Quién? —preguntó fríamente—. ¿El propio asesino?

Estuve a punto de soltar un respingo, pero conseguí contenerme a tiempo.

—¡*Miss* Latimer! —exclamé.

—¿No es así?

Me puse en pie.

—No, y usted lo sabe. Ahora, gracias. Perdone, pero no la molesto más.

Di media vuelta, un par de pasos y Hellen dijo a mi espalda:

—Vuelva, siéntese, y no sea quisquilloso, pesquisa.

Lo hice, porque no tenía más remedio que hacerlo, y no por su maravillosa hermosura, sino por el asunto que me ocupaba.

Nos miramos unos segundos en silencio, y, por fin, Hellen preguntó:

—Dígame, ¿qué es lo que desea saber?

—Muy poco, linda. Quiero hacerle unas cuantas preguntas y nada más. Sé que quizá le duelan, pero no hay más remedio si queremos detener a su asesino.

—Empiece, ¿quiere?

—Su hermano, ¿tenía alguna amiga?

Formulé la pregunta pensando en Sandra.

—Algunas, como casi todos los hombres solteros.

—¿Alguna íntima?

—¿Quiere decir si salía con preferencia con alguien?

Sabía que había entendido mi pregunta, aunque no pronunció la respuesta que yo esperaba.

—Sí, conteste; ¿con quién?

Hizo una mueca.

—Bueno… —Hizo una pausa, vaciló, y, finalmente, prosiguió—: Salía con un par o tres de ellas, pero a mi entender, prefería a Sandra Bartock.

No me sorprendí, porque esperaba la respuesta.
—¿La conoce usted?
—¿A quién? ¿A Sandra?
—Sí.
—Hemos coincidido varias veces en los mismos clubs, Markan —contestó—, ya que ambas nos movemos en el mismo circulo. ¿Por qué?
Me permití una sonrisa mientras trataba por todos los medios de sustraerme del embrujo que sobre mi ejercían sus hermosas piernas y repliqué:
—¿Eran amantes?
—¿Sandra y mi hermano?
—Si.
Repitió la mueca anterior y respondió:
—No lo creo. No por parte de mi hermano, sino por Sandra. Ella es lo que pudiéramos llamar una mariposa de salón, pero nada más. Cierto que se deja acompañar, pero no creo que haya llegado a ese extremo con nadie. Va de un lado para otro, siempre o casi siempre con acompañamiento masculino, pero… En fin, yo no lo afirmaría.
No insistí sobre el tema y pregunté:
—Además de esa Sandra Bartock, ¿alguna otra más?
—No, Markan. Por lo menos, no que yo sepa.
Dejé transcurrir unos segundos en silencio y formulé una nueva pregunta:
—¿Qué lugares frecuentaba su hermano, *miss* Latimer?
Nombró varios clubs nocturnos y vi cómo coincidían con los que frecuentaba Sandra.
No dije nada más y me puse en pie.
Los ojos de Hellen brillaron por unos segundos y me imitó preguntando:
—¿Ya se marcha?
—Sí, *miss* Latimer, aunque es muy posible que volvamos a vernos.
Me sonrió.
—Venga cuando guste, pesquisa.
Me tendió la mano y nos despedimos.
Ya en Nueva York, conduje hacia el 392 de la calle 52 pensando en Sandra.

Abrí su apartamento con el llavín que me había dado, y ante mis ojos, junto a la puerta, vi un sobre blanco.

Exactamente igual que el que ella me diera no hacía muchas horas. Me incliné, lo tomé y fue al *living*. Allí lo abrí.

Sencillo y escueto:

> «Deposite diez mil dólares en el lugar que yo le indiqué oportunamente. No olvide que el plazo vence mañana noche. Eso, o la policía recibirá una información que no va a gustarle».

Como cosa lógica, no había firma.

Guardé el sobre y empecé a registrar por todas partes, procurando dejar las cosas en su sitio.

Algunas fotografías, varias cartas sin importancia, todo ello de la propia Sandra, y nada más.

Terminaba con su dormitorio cuando oí el repiqueteo del timbre del teléfono sonando allá en el *living*. Vacilé unos segundos y, al fin, decidido ya, me acerqué, tomé el auricular y lo levanté.

—Oiga. ¿Sandra Bartock?

La voz era de hombre y de nuevo vacilé entre contestar o dar la callada por respuesta.

Opté por lo primero.

—Sandra no está —dije—. ¿Quién es usted?

Oí algo así como un respingo y colgó sin responder, y sin darme tiempo a nada más.

Empecé a pensar.

Una voz de hombre. ¿Un amigo? Aquello podía ser cierto. Sandra salía con hombres. Le gustaba.

¿El chantajista? También podía ser. Era lo más probable. Si hubiera sido un amigo no me hubiera colgado por el mero hecho de encontrarse con otro al teléfono.

Miré en torno.

Nada interesante. Nada que me diera una pista. Nada que pudiera pertenecer a Robert Latimer ni que me dijera por qué había sido muerto en aquel apartamento.

Me acerqué al frigorífico.

Terminaba de prepararme un *whisky* cuando oí entrar un llavín en la cerradura de la puerta del apartamento.

Solté el vaso, extraje la «Colt-Cobra» y fui a colocarme detrás de la puerta del *living*.

La puerta se abrió.

Oí los pasos.

Pasos de mujer.

¿Sandra?

Capítulo IV

Era Sandra.

Pasó por mi lado, contoneando las caderas, sin verme, recta hacia su dormitorio, que no alcanzó, porque entonces vio el vaso de *whisky* sobre la mesita.

Se detuvo en seco y se volvió justo cuando yo abandonaba el amparo de la puerta.

No sonrió.

Simplemente se me acercó, con los ojos brillando coléricos.

—Casi estaba segura de que ocurriría eso, pesquisa —dijo.

—¿Y eso qué es? —pregunté.

—Lo que ha estado haciendo aquí. Apuesto a que registró mi apartamento.

Forcé una sonrisa y contesté:

—Correcto; lo he hecho. ¿Algo en contra?

—Bastante. No me ha demostrado confianza. Eso es todo.

—Exactamente —contesté, diciendo la verdad de lo que pensaba. No se la he tenido. Nunca la tengo con las personas que me han mentido. Por otra parte, Sandra, usted me prometió no abandonar mi apartamento hasta que esto se terminara. ¿Qué ocurriría si de pronto se presentara la policía?

Se encogió levemente de hombros, tomó mi vaso y empezó a beber con la misma desfachatez que yo había tenido al prepararme un *whisky*, del suyo.

—Les esperaría —contestó, apenas si soltó el vaso.

—De acuerdo, Sandra. Hágalo.

Di media vuelta y me encaminé hacia la salida.

Como esperaba, no me dejó.

—¡Cliff!

Me volví, sorprendido de que me llamara por mi nombre, así, de buenas a primeras.

—¿Qué es lo que quiere ahora, Sandra? —pregunté, pensando en el sobre que ahora llevaba en el bolsillo—. ¿Es que va a decirme la verdad?

Me miró con los negros ojos muy abiertos y respondió con otra pregunta:

—¿Qué verdad es ésa, Cliff?

—Sólo una. La del chantajista.

—Le dije que…

La interrumpí en seco:

—¿Dónde debe entregarle esos diez mil dólares, y cuándo?

Palideció, vaciló durante unos segundos y, finalmente, tomó el vaso y se bebió de golpe el resto del *whisky*.

—¿Cómo sabe eso? Es decir…

La atajé de nuevo.

—Encontré eso cuando entré aquí, Sandra, querida —dije, mostrándole el sobre.

Materialmente me lo arrebató de la mano y lo abrió, paseando su mirada por las líneas escritas en él, hechas burdamente sobre un papel no menos burdo.

Me miró.

Fijo, muy fijo, y, a continuación, se dejó caer sobre uno de los sillones.

Cabalgó una pierna sobre la otra, mostrándome buena parte de las mismas, sin recato alguno, y contestó:

—Bien, es cierto, pesquisa. Me pidió diez mil dólares por los negativos, y voy a pagar.

—¿Si?… —Me reí—. ¿Y hasta cuándo?

—¿Qué quiere decir?

—Sencillamente, que esos negativos no los tendrá jamás. Hoy serán diez de los grandes. Mañana pedirá más, y así hasta que la exprima como un limón. Vamos, Sandra ¿dónde hay que entregar esos dólares y cuándo?

Vaciló.

Vaciló mucho, pero, al fin, lo soltó:

—A las doce de la noche en Central Park. A las doce de mañana noche. Si no es así… —señaló el papel que yo le había dado y

añadió—: Ahí dice claramente lo que ocurrirá.

—¿Quién va a ir?

Me miró de nuevo. Fijo, muy fijo, y respondió:

—Usted.

—¿Yo? ¿Cuándo pensó eso?

Sandra sonrió ahora.

—En este mismo momento —dijo.

Le devolví la mirada y respondí:

—¿Por qué? ¿Por la carta que tomé del suelo?

—Sí. Quizá sea por eso.

Se apartó de mi lado yendo al frigorífico donde preparó un par de *whiskies* y regresó a mi lado.

Me entregó uno de los vasos, pero no se sentó.

—¿Por qué salió del apartamento, Sandra? —pregunté.

—Ya que estoy dispuesta a decirle la verdad, Cliff, se lo diré a usted. Vine aquí en busca de esos dólares.

—Pensaba llevarlos usted, ¿verdad?

—Sí.

—¿Por qué?

—Tengo que hacerlo, ¿no? Es decir, tenía que hacerlo, usted sabe que no tengo más remedio. La policía…

La atajé con un gesto.

—Linda —dije—, lo mejor será que se presente a esa misma policía y…

—¡No iré! Le pago a usted veinte de los grandes para que me saque de este lío. Veinte mil dólares y… ¡Haré lo que le prometí!

Fue entonces cuando pregunté:

—¿De qué tiene miedo, Sandra?

Arqueó una de sus lindas cejas pelirrojas.

—Creí que ya lo sabía —respondió—. De que me acusen de un asesinato que no cometí. ¡De que mi nombre vaya rodando por todos los diarios de la nación! ¿Es que le parece poco?

Era más que suficiente si es que me decía la verdad, pero sin saber por qué estaba casi seguro de que me mentía.

—No, es bastante y quizá demasiado —repliqué—. Diga, Sandra, ¿piensa en verdad pagar?

—¿Qué puedo hacer?

Sabía que no podía hacer nada al respecto.

Es decir; sólo una cosa, cazar al chantajista. Podría o no podría hacerlo, pero si lo conseguía, el tipo aquel iba a explicarme muchas cosas antes de que le entregara a la policía.

La razón era sencilla: O era el asesino, o sabía del asesinato de Latimer tanto como el propio asesino.

Sandra, como si adivinara lo que estaba pensando los cortó en aquel preciso instante.

—Voy a darle esos dólares, Markan —dijo lentamente—. Quiero que se los entregue a ese tipo.

—¿Nada más?

—Nada de lo que está usted pensando, querido. No quiero tener problemas. No deseo que en esto intervenga la policía.

—La policía ha intervenido ya, preciosa, y usted lo sabe. Empezó a intervenir tan pronto como mataron a Latimer. No lo olvide.

—No lo olvido, Markan. Quiero esos negativos y le pago para que me los consiga, pero nada más. Búsquelos como sea, pero no trate de detener a ese hombre.

—¿Por qué?

—Por la sencilla razón de que si se ve perdido me complicará en algo que no deseo. No maté a Latimer. Era, como le dije, un buen amigo, pero nada más.

Fue entonces cuando pregunté:

—¿Algún otro, Sandra?

—¿Cómo?...

—¿Algún otro amigo además de Latimer?

—Ya le dije que sí.

—¿Quién?

Me mostró sus blancos dientes en una sonrisa mientras; sus negros ojos chispeaban.

—No le pago para que averigüe mi vida privada, Cliff —dijo, llamándome de nuevo por mi nombre—. Por tanto, no voy a darle ningún nombre.

—¿No?...

No me contestó.

Se puso en pie y fue a su dormitorio. Cuando regresó a mi lado traía un buen montón de billetes en la mano, que yo ya había visto cuando lo registré.

Contó diez y me los entregó.

—Mañana noche, pesquisa —dijo—. Espero que lo consiga.

—¿En qué parte exactamente de Central Park?

Me lo dijo y me puse en pie.

—¿Dónde nos veremos?

Me sonrió.

—En su apartamento. Y ahora no le engaño.

—¿No?

—No.

—Correcto, la veré allí.

Di media vuelta y me encaminé hacia la puerta. Vino detrás y me alcanzó cuando ponía la mano en el tirador.

—Gracias, Cliff —dijo, tomándome del brazo—. No olvidaré nunca lo que está haciendo por mí.

Me volví a mirarla.

Estaba muy cerca, y sin saber por qué se me antojó mucho más hermosa que nunca. Hice ademán de hablar, pero Sandra se adelantó a mis deseos.

—¿Por qué no espera un poco y me acompaña después, pesquisa?

—¿Cuánto significa para usted la palabra poco, Sandra?

Me sonrió una vez más.

—Cinco o diez minutos, ya que no tengo que cambiarme de ropa. Sólo tomar unas cuantas cosas que me van a hacer falta y nada más, ¿me espera?

Asentí en silencio y retrocedí con ella hasta el *living,* llevándola ahora delante de mí, con los ojos fijos en su preciosa cabeza pelirroja.

Resultado: Cuando abandonamos su apartamento había pasado más de media hora.

Tomamos un taxi que nos condujo hasta una cuadra antes de llegar a mi apartamento e hicimos el resto del camino a pie.

Pensaba en Hellen cuando subimos en el ascensor hasta mi apartamento.

La llevé al *living* donde se dejó caer sobre el sofá. Extendió la maravilla de sus piernas frente a mis ojos, me sonrió, y pidió:

—¿Por qué no me trae algo de beber, Cliff?

Crucé por delante suyo, hice lo que me pedía y dije cuando le entregaba el vaso:

—Espere un momento, Sandra. Tengo que hacer algo en mi dormitorio.

Entré, rebuscando en el armario, tomé un sobre y dentro de éste deposité los diez mil dólares, y en otro, exactamente igual, una cantidad de papel de periódico.

Cerré ambos y guardé en el armario el que contenía los diez mil dólares, dejándolos en un lugar fuera del alcance de Sandra, a pesar de que estaba seguro de que ella, al ver un sobre cerrado, jamás lo abriría, y regresé al *living*.

Me senté.

Apenas lo hube hecho preguntó:

—¿Averiguó algo?

—Un par de cosas —dije.

Sus grandes y rasgados ojos negros chispearon con inusitado interés.

—¿Sí?… ¿Qué es ello?

Le dediqué una sonrisa.

—Que es usted muy hermosa, Sandra —dije.

Frunció el ceño.

—Eso ya me lo ha dicho varias veces —respondió coa voz fría—. ¿O no fue así?

—La verdad es que no lo recuerdo, querida. Pero tanto si se lo dije como si no, es cierto.

—No le pago para que me haga el amor, pesquisa.

Sonreí.

—No, ya lo sé —asentí—, y tal vez por eso me estoy preguntando si es usted tan fría como aparenta, Sandra.

Me devolvió la sonrisa.

—No lo soy —afirmó—. Pero sólo con el hombre que me gusta.

—Eso quiere decir que yo no soy de su agrado, ¿verdad?

Su sonrisa se amplió.

—Todo lo contrario, Cliff —contestó, dejándome estupefacto—. Usted es uno de los hombres que más me han agradado; que más me agradan, pero tengo miedo.

—¿Sí?… ¿De qué?

—De dejarme seducir por usted.

—¡Vete al cuerno, Sandra! —La tuteé.

Se rió y cabalgó una pierna sobre la otra, con lo que el

espectáculo tomó un inusitado interés para mí.

—Si con eso pretende decirme que me estoy burlando de usted, se equivoca, Cliff, ya que no es así. Por eso no deseo dejarme besar. No quiero que me bese usted, ¿comprende? Sé lo que son los hombres y lo que pretenden de toda mujer, y no quiero dejarme arrastrar —miró en torno y añadió—. Ahora estamos los dos aquí, y yo confío en usted. Tal vez por eso le he dicho la verdad al desnudo de lo que siento.

Me dejó helado.

Tanto es así que no contesté a aquello.

Me limité a ponerme en pie, y Sandra me imitó con los ojos brillantes.

—¿Se marcha ahora, Cliff?

—Tengo trabajo, querida.

—Sí, lo sé, pero se va sin comer.

—Lo haré en cualquier *snack*.

Vaciló unos segundos, al cabo de los cuales expuso lo que pensaba.

—¿Va en busca de alguna pista a la que no pueda dejar para más tarde?

—No. Hasta la noche, no tengo nada que hacer. Por lo menos, nada que corra verdadera prisa.

—Si es así…

Sandra vaciló ahora.

Durante un montón de segundos estuvo mirándome fijamente y contestó:

—Podemos comer los dos juntos, aquí. Aunque me crea un saco de dólares, la verdad es que soy una buena cocinera. Mi pobre madre me enseñó a hacerlo.

No supe qué contestar, por lo que ella dio media vuelta y se marchó a la cocina.

Media hora más tarde estábamos los dos comiendo.

Y puedo jurar sin temor a equivocarme que me dijo la verdad. Sandra era una buena cocinera.

CAPÍTULO V

Eran las diez de la noche cuando alcancé el «Fígaro», sin saber a ciencia cierta lo que esperaba encontrar allí.

Hellen Latimer me había hablado del club. Por otra parte, Sandra también lo había hecho. Por tanto, era un lugar como otro cualquiera para empezar las investigaciones.

O mejor dicho, para continuarlas.

Crucé el salón de un extremo a otro, sorteando las parejas que bailaban y me encaminé rectamente a la barra.

—Un *whisky*, por favor —dije.

Una vez me hubo sido servido en silencio, pregunté:

—Estoy buscando a *miss* Sandra Bartock. ¿Ha venido ya?

El barman miró en todos sentidos y contestó ahora con los ojos fijos en los míos, estudiándome, y al hacerlo me pregunté si con anterioridad no le habrían formulado la misma pregunta.

—No, aún no.

Se apartó de mí, tal vez no deseando contestar a más preguntas, preguntas que preveía, y con el vaso en la mano me ladeé un poco sobre el taburete y estudié las parejas que bailaban en la encerada pista.

Fue entonces cuando la vi.

Hellen se encontraba allí, bailando con un hombre al que yo no conocía.

Alto, joven, rubio, con todo el tipo de un actor cinematográfico, y vistiendo un traje gris oscuro de irreprochable corte.

Bebí un sorbo, porque, la verdad, merecía la pena hacerlo.

No por él, claro, sino por ella.

Vestido de *lamée* bordado de lentejuelas, un tanto abierto por el costado derecho, con lo que quedaba al descubierto, de una manera

harto interesante, la maravillosa pierna de aquel lado, enfundada en media calada color carne.

Una mujer que había perdido a un hermano no hacía muchos días, y que ya se encontraba en pleno club nocturno, meciéndose a los compases de una alegre música.

Esperé a que terminara el bailable.

Luego, a que se sentaran en una de las mesas, y, entonces deposité una moneda de a dólar sobre el mostrador, y sin esperar el cambio, dejando el vaso de *whisky* encima del mismo, me encaminé hacia donde se encontraban los dos.

Antes de llegar, Hellen me vio.

Vi cómo se sobresaltaba, víctima de la sorpresa, y luego cómo me sonreía ante la mirada curiosa y expectante de su acompañante.

—¡Míster Markan! —exclamó tan pronto como estuve al lado de la mesa—. ¿Qué hace aquí? Confieso que no esperaba verle en el «Fígaro». Por lo menos no tan pronto.

Miré a su acompañante.

Ojos tanto o más negros que los de la propia Sandra. Nariz aguileña, boca de labios incoloros y un tanto crueles y mentón tan cuadrado como el mío propio.

Sin saber por qué, el tipo no me gustó.

—Estoy buscando a *miss* Sandra Bartock, *miss* Latimer —dije—. ¿La ha visto?

Hellen no vaciló en dar la respuesta ante los ojos inquisidores de su acompañante, al que aún no me había presentado:

—No, Markan —contestó—. Esta noche no. Y es raro. A estas horas ya debería estar aquí. Bueno… Es decir, si no se le ha ocurrido ir a otro de los muchos clubs que frecuenta.

—Sí, claro —dije—. Es una posibilidad que ya se me había ocurrido.

Fue entonces cuando me presentó a su acompañante.

—Lass Borden —dijo—. Mi amigo Lass… Lass, míster Cliff Markan.

No dijo cuál era mi profesión, cosa que agradecí en silencio, y ambos nos estrechamos las manos.

—Siéntese, míster Markan —dijo—, y tome una copa con nosotros.

—Sobre la barra tengo mi *whisky* —contesté—. Por otra parte,

donde hay tres personas y una de ellas es una mujer soberanamente hermosa, sobre una. ¿Es o no es así?

Ambos se echaron a reír y les coreé a pesar de que no tenía ganas de hacerlo.

Al terminar, fue Borden el que tomó la palabra:

—Por mí no lo deje, míster Markan —dijo—. Hellen va a quedarse sola dentro de poco. Yo, aún lamentándolo mucho, tengo esta noche un compromiso ineludible.

Le miré, y sin contestar a aquello formulé una pregunta:

—Y usted, míster Borden, ¿ha visto a *miss* Bartock? He de decirle algo muy importante y…

—No, no la he visto, y es extraño.

—¿Por qué?

—Tenía una cita con ella, aquí, y esta noche.

Arqueé una ceja.

Sé que no debí hacerlo, pero la arqueé.

—¿Amiga suya? —pregunté.

—Sí. Bastante. ¿Y usted?

Me reí.

—¡Claro! Sandra tiene muchos amigos, ¿no?

Frunció el ceño.

—Si —contestó—. Tal vez demasiados.

Yo era de la misma opinión, pero no se lo dije.

Me limité a alargar la mano, tomar una de las elegantes sillas, acercarla a la mesa y sentarme.

Casi en el acto tuve a uno de los camareros a mi lado.

—¿Qué va a tomar? —preguntó.

Antes de que pudiera darle la respuesta, Borden ya se estaba poniendo en pie.

—Tengo mi *whisky* en la barra —contesté—. ¿Quiere hacer el favor de traerlo?

Asintió con un leve movimiento de cabeza, se alejó, y *en*aquel momento oí la voz de Borden dirigiéndose a Hellen.

—Me marcho ahora, linda —dijo—. Si ves a Sandra, dile que me fue imposible esperar más.

Yo sabía que no la vería, ya que Sandra tal vez estuviera durmiendo en mi propio apartamento.

A continuación, me tendió la mano, se la estreché, *se*fue, y en

aquel momento regresó el camarero llevando mi *Whisky*.

Cuando empezó a alejarse de nosotros, Hellen preguntó:

—¿Para qué busca a Sandra, Cliff?

—Estoy atando cabos, Hellen.

—¿Le impediría yo continuar atándolos si me invita a bailar?

La miré, y dije lo que pensaba:

—Tal vez sí. Hellen. Siempre pierdo el control cuando tengo a una mujer hermosa entre mis brazos.

Sonrió, se levantó, y empezamos a bailar.

Pregunté mientras lo hacía:

—¿Quién es Borden?

—Un amigo de Sandra —me miró suspicaz y añadió—: Y mío también.

—Ya lo he supuesto, preciosa —contesté—. ¿Muy amigo?

—¿De quién? ¿De Sandra o mío?

—¿De usted?

—¡Oh! Pues…, bueno, creo que bastante.

—¿Hasta qué punto?

—¿Importa eso mucho?

—No, creo que no. Por lo menos en este momento.

Me miró fijamente, sonrió y dijo ante mi estupor:

—Béseme si quiere, pesquisa.

No lo hice.

No de momento. Fue algo después, casi cuando el bailable terminaba y cuando uno de sus rizos me rozó la mejilla.

Entonces la besé en la oreja, suspiró, se volvió hacia mí y nos besamos en los labios.

Tres minutos más tarde la tenía sentada frente a mí, con un «Manhattan» a su lado, y mirando a todas partes.

Escudriñando el local, estudiando a las personas que había en él.

Pregunté al respecto:

—¿Qué espera encontrar?

Me miró de frente, agrandando mucho los ojos.

—¿Tengo aspecto de buscar algo?

—Sí —dije—. Es inconfundible.

Se echó a reír.

—Correcto, pesquisa —dijo—, lleva razón. Estoy buscando a Sandra Bartock y no la veo por parte alguna —se movió inquieta

sobre el sillón en que se sentaba y preguntó—: ¿Nos vamos?

—¿Adónde? —inquirí lleno de sorpresa.

—A otra parte, pesquisa donde podamos continuar bailando. Sé algunos sitios.

—¿Y luego?

—No lo sé.

Me miró por espacio de varios segundos, con los ojos cargados de inocencia y añadió:

—Tal vez tomemos unas copas. Más tarde, quizá le invite a tomar otras tantas en mi casa. ¿Qué Le parece?

Pensé en Sandra y respondí:

—De acuerdo. ¿Nos vamos?

Lo hicimos así.

Durante varias horas fuimos de un lado para otro, la besé cada vez que se me presentó la ocasión siendo siempre correspondido, y cuando faltaba muy poco para el amanecer, me vi contemplándola, en su propio apartamento, frente a un vaso de *whisky*.

—¿Qué piensas hacer ahora, pesquisa? ¿Seguir buscando a Sandra?

—Eso es sólo una parte, querida —dije.

Nos estábamos tuteando desde hacía rato. Se puede decir que desde el primer beso.

Por tanto, añadí del mismo modo, al cabo de unos segundos y en vista de que Hellen no me interrumpía:

—¿Qué clase de amistad unían a Borden con tu hermano, Hellen querida?

Me contestó con una pregunta que me desconcertó:

—¿Piensas pasar toda la noche hablándome de crímenes, cielo?

—¿Prefieres que te haga el amor?

Arqueó una ceja y me miró suspicaz.

—Creo que es lo mejor, Cliff, querido. De ese modo una olvida muchas cosas.

No tuve tiempo de preguntarme lo qué quería decir o tratar de olvidar, ya que al segundo siguiente la tuve en mis brazos, y con ello hasta el mismo apartamento voló de mi imaginación para no quedar nada más que ella.

Para no quedar nada más que Hellen Latimer, una hermosa mujer que había perdido a un hermano porque alguien lo quitó de

en medio, asesinándole.

* * *

Aún dormía cuando al día siguiente abandoné su apartamento.

Desde un *snack*-bar telefoneé a Sandra.

Apenas marcar me dio la impresión de que había estado esperando mi llamada durante todo el día, la tuve al otro lado del hilo.

—Soy yo, Sandra —dije—. ¿Alguna cosa de particular?

Contestó con otra pregunta:

—¿Dónde ha estado durante toda la noche? Le estuve esperando hasta muy tarde.

Sonreí.

—En el «Fígaro».

Oí claramente cómo soltaba un respingo y acto seguido me llegó su pregunta:

—¿A qué fue allí?

—La estaba buscando a usted, Sandra, cielo.

—¿Cómo?

—Es exacto —dije—. La busqué en el «Fígaro» y en otras cuantas partes más. Me interesaba hacerlo así.

—¿Por qué?

—Ya se lo explicaré cuando nos veamos.

Hizo una pausa y preguntó:

—¿Y buscándome tardó toda la noche?

—¡Claro!

Su voz era irónica cuando formuló la siguiente pregunta:

—Apuesto a que lo hizo solo, ¿verdad?

—En eso se equivoca de medio a medio, linda. Lo hice en compañía de la hermana de un amigo suyo.

Creí notar que contenía la respiración y esperé.

Fue muy poco, porque casi a los tres o cuatro segundos la oí preguntar una vez más:

—¿Quién era ella, querido?

—Hellen Latimer, preciosa.

—Y… —Su vacilación se hizo bien patente para mí, pero al fin añadió—: Es muy hermosa, Cliff, y casi estoy por apostar algo a que

se dejó seducir por usted.

—No apueste porque perdería, linda.

Guardó silencio.

Tanto que no tuve más remedio que preguntar:

—¿Aún sigue ahí, Sandra?

—Si. ¿Por qué?

—Por la sencilla razón de que voy a ir a verla ahora mismo.

—¿Tan importante es?

—Eso no importa, querida. Piense que me limito a ir a mi apartamento a descansar, si para cuando yo llegue no ocupa usted el lecho.

Colgó sin pronunciar palabra, por lo que abandoné la cabina telefónica, fui a la barra, apuré mi desayuno, pagué y salí a la calle.

Un nuevo taxi me llevó a mi apartamento. Claro que, como otras veces, lo dejé una cuadra antes de llegar, y el resto del camino lo hice a pie, vigilando en todas direcciones, pero sin que pudiera notar la presencia, hasta donde alcanzaba mi vista, de ninguno de la «bofia».

Tampoco a nadie sospechoso.

La encontré en el *living*.

No se movió de la postura que había adoptado en el sofá, pero sí soltó la revista que estaba leyendo.

—Hola, pesquisa —dijo, como primera providencia—, ¿cómo le fue con Hellen?

—Es preciosa y sabe lo que quiere —dije.

—Sí, claro. Por lo menos, es lo que siempre he dicho yo respecto a ella.

Me senté en el sofá con lo que Sandra tuvo que encoger un tanto sus dos largas y bien torneadas piernas.

Lié y encendí un cigarrillo y pregunté, sin pausa alguna y yendo directamente al grano:

—¿Quién es Borden, linda?

Frunció el ceño.

—Un amigo mío, Cliff —contestó—. ¿Por qué?

—Le conocí anoche. Iba acompañado por *miss* Latimer. Luego se fue, y ella y yo quedamos solos.

—Bueno, y eso…

La atajé:

—Lo que quiero saber, Linda, es qué grado de amistad tenían Borden y Latimer.

—Sólo sé que lo eran, ya que les vi juntos varias veces.

—¿A pesar de usted?

—¿Y por qué no? Nada tenía que ver ni con el uno ni con el otro. Me comprende, ¿verdad?

Sin contestar a su pregunta, formulé otra.

—¿También fue a su apartamento?

—¿Y por qué no, Cliff?

—Eso es algo que debe decir usted, Sandra, y no yo. Pero dejemos eso y vamos a lo que interesa.

—¿Sí?… ¿Y qué es lo que le interesa a usted aparte de admirar de noche la belleza de Hellen Latimer?

Pasé aquello por alto y contesté:

—Saber cosas de Borden.

—¿Qué quiere que le diga? —contestó, mirándome con gesto suspicaz.

—Todo lo que sepa usted, Sandra.

—Muy poca cosa. Cierto que me dejaba acompañar por él y que algunas veces tomamos una copa en mi apartamento, pero nada más.

—¿No?

—¿Qué quiere decir?

Me acerqué, la tomé por la barbilla, ladeó un tanto su linda, altiva y pelirroja cabeza y la besé suavemente en los labios.

—Simplemente, si Borden tenía alguna amiga. Puede que eso sí lo sepa, ¿verdad, Sandra?

—Pues, la verdad…

La besé de nuevo y protestó, aunque suavemente:

—Le dije que…

No terminó.

Ante mi estupor, me enlazó los brazos al cuello y sus labios se unieron a los míos.

Me miró con estupor cuando me aparté de ella.

—¡Cliff! —exclamó—. ¿Qué significa esto?

—Por ahora, nada, linda. Sencillamente que no puedo perder el tiempo, ¿comprendes? Tengo una cita para esta noche. Es decir, dentro de unas pocas horas y antes debo saber unas cuantas cosas

más. ¿Alguna amiga por parte de Borden? ¿Algo en concreto que tú me puedas decir?

Correspondió al tuteo cuando contestó:

—Cliff, yo… Bueno, él tiene cierta amistad con Mona Merrick. Es una de las bailarinas del «Búho». Un club nocturno instalado en plena Madison.

—¿Amantes?

—Hellen me dijo en una ocasión que sí, pero yo, con seguridad, no lo sé.

—¿Sabes dónde vive?

Vaciló pero al fin dijo:

—Sí, Cliff. En el número 680 de la Octava Avenida, entre las calles 50 y 51.

Le besé fugazmente y fui hacia la puerta.

—¡Cliff! ¿Pero es que te marchas ahora?

—Nos veremos esta noche aquí mismo, y luego de mi visita al Central Park.

—Pero…

Salí del apartamento sin esperar a que ella terminara con su protesta.

CAPÍTULO VI

Una hora más tarde alcancé el 680 de la Octava Avenida.

Miré la tablilla indicadora.

Sí, allí estaba el nombre.

Mona Merrick, apartamento
74-C.

Tomé el ascensor y ya frente a su puerta, pulsé el zumbador. Tuve que llamar un par de veces más, antes de que oyera unos pies deslizándose descalzos sobre el suelo del pasillo.

Luego aquélla se abrió, enmarcándola en el umbral.

Morena, no muy alta, pero con tanta o más carrocería que el «Jaguar» de Hellen.

Un sencillo salto de cama bajo el cual no había nada más y ella.

Ella, con sus grandes y rasgados ojos pardos, con su nariz fina y elegante, con su boca roja y sensual y con su redondo y voluntarioso mentón.

Senos altos, firmes, estrecha la cintura y…

Bueno, las piernas no se le veían totalmente, pero por lo que vi, eran completamente perfectas.

Al llegar a este punto de mis pensamientos, ella los rompió con una pregunta:

—¿Qué es lo que quiere? ¿Ya se cansó de mirar adonde no le importa, amigo?

Hice una mueca.

—Me llamo Cliff Markan y quiero hablar con usted —dije.

—¿Sí…? Pues, yo no.

Hizo ademán de cerrar la puerta, pero la atajé, diciendo:

—Se trata de míster Robert Latimer. Alguien le ha visto últimamente en compañía de un tal Borden, y creo que éste y usted

son bastante amigos. ¿Me deja pasar o informo al teniente Mulligan del Departamento de Homicidios?

—¿Quién…, quién diablos es usted?

—¿Puede pasar…?

Se apartó de la puerta y crucé el umbral.

No me invitó a ir más lejos ni yo se lo propuse. Por tanto, allí mismo esperé a que dijera algo, y lo hizo casi de inmediato en vista de mi silencio.

—¿Quién es usted? —repitió—. ¿Qué busca aquí?

—Sencillamente, quiero saber algunas cosas de Borden.

—¿Sí…?

Sin hacer caso de su irónica pregunta, contesté:

—Como por ejemplo, ¿dónde estuvo el día en que mataron a Latimer?

Arqueó una de sus finas y negras cejas.

—¿Quién es usted?

—Un amigo —respondí—, que se puede convertir en un declarado enemigo si le obligan, *miss* Merrick. ¿Qué hay de mi pregunta?

—Estuvo aquí, entre mis amorosos brazos —contestó con entera desfachatez—. Y así estoy dispuesta a jurarlo ante un tribunal.

—Puede que lo hiciera, pero esa declaración no serviría de mucho ante un juez competente, muchacha.

—¿Por qué?

—Por las relaciones que le unen a él.

—Eso es algo que no le importa ni a usted ni a nadie —hizo una ligera pausa y añadió mucho antes de que ye pudiera interrumpirla—. Aún no me ha dicho quién es usted, ni por qué quiere colgarle a Lass ese asesinato.

Sonreí.

—Pongamos que un curioso como otro cualquiera, *miss* Merrick —dije—. Un curioso que sabe unas cuantas cosas y desea averiguar las restantes. Y por último, un curioso, que busca a un asesino, ¿no?

—¿Tal vez le paga Sandra Bartock?

—¿La conoce usted?

—¿Y quién no en todos los clubs nocturnos de Nueva York, Markan? —Se hizo a un lado y dijo ante mi sorpresa—. Vamos, pase, le daré algo de beber, si no es muy temprano para usted.

No lo era y así se lo dije, mientras avanzábamos batías, el interior del apartamento.

Me senté en uno de los sillones y esperé.

Cuando regresó, me ofreció uno de los dos vasos que llevaba, más que mediados de *whisky*, se sentó frente a mi, con lo que el salto de cama se le fue a ambos lados de las piernas, formando pliegues en el suelo, y entonces supe que no me había equivocado al juzgarlas.

Eran hermosas.

Más que hermosas, hermosísimas e inmejorables.

Pero aquélla era una opinión personal y por tanto las guardé para mí.

Siguió un largo silencio, que aprovechamos para beber, y una vez que lo hubimos hecho, fue Mona la que empezó a hablar.

—Lass se encontraba aquí, Markan —dijo—. Por lo menos, es lo que supongo, por lo que leí en los periódicos. Por tanto, hágame caso y busque por otro lado.

Aquello me daba pie para formular una pregunta y lo hice:

—Antes me habló de Sandra Bartock. ¿No la llamó así? ¿Quién es y qué sabe de ella?

—Lo que todo el mundo. Que gasta los dólares sin tino y que es amiga de visitar todos —los clubs nocturnos de Nueva York, principalmente los de la Quinta Avenida.

—¿Nada más?

—No, y crea que lo lamento.

—¿Por qué?

—Por la sencilla razón de que es una mujer que no me gusta.

Vacilé y a continuación formulé la pregunta que estaba pensando:

—¿Por causa de míster Borden?

Sus pardos ojos me desasosegaron cuando me miró fijamente.

—Sí.

—¿Por qué?

—No hace falta ser un lince para saberlo, sabueso —contestó—. El ha estado más de una vez en el apartamento de esa zorra. Sabiendo eso, es comprensible que yo piense así, ¿verdad?

Pasé por alto su pregunta final y respondí con otra:

—¿Qué relaciones unían a la Bartock con Robert Latimer?

Frunció el ceño antes de contestar:

—La verdad es que no lo sé —dijo—. El y ella eran amigos. Pero también lo era de otros tantos. Incluso, como le he dicho, de Lass.

—Y usted, *miss* Merrick, ¿conocía a Latimer?

—Sí.

—¿Mucho?

Había frialdad de hielo en su voz cuando contestó:

—Bastante, aunque no lo suficiente para entrar con él en este apartamento, ¿comprende?

—¿Alguna mujer en la —vida de Latimer aparte de Sandra?

Su vacilación de ahora se hizo bastante más larga que la anterior, pero al fin respondió:

—Sí.

—¿Quién?

—Julie Stillman.

—¿Dónde vive? ¿Dónde puedo verla?

—Canta y baila en el «Fígaro», pero si lo desea, puede esperarla en la puerta de su apartamento. Tal vez ella le diga muchas cosas, o no le diga ninguna.

—¿Dónde vive? —repetí.

No vaciló en darme la respuesta.

—En Columbus Circle, allá por el Distrito V.

A continuación, me dio el número y preguntó:

—¿Algo más?

Consulté el reloj de pulsera pensando que Mona Merrick se había mostrado demasiado dispuesta para darme facilidades.

¿Por qué? ¿Por causa de Lass Borden?

Podía ser si es que éste tenía algo que ver con el asesinato de Latimer.

Por otra parte, ¿quién era Julie Stillman?

Una cantante del «Fígaro» según las palabras de Mona, y amiga de Latimer. Quizá su amante con lo que aquello se iba complicando en vez de aclararse.

Según mi opinión particularísima, estaban resultando demasiadas mujeres.

Miré a Mona dudando entre responder a su pregunta o largarme de allí.

Hice lo primero, pensando en lo segundo.

—No, nada más, *miss* Merrick. Gracias.

No me contestó.

Se puso en pie, el salto de cama recobró su posición normal y el espectáculo de sus magníficas piernas perdió interés para mí.

Me levanté a mi vez.

—Espero verle cualquier día en el club Markan —dijo.

—¿Qué hace usted? —pregunté—. ¿Canta o baila?

—Bailo. Abanicos —me sonrió pícaramente—. Y dicen que no estoy mal.

Le miré de pies a cabeza.

Desde luego, con un cuerpo como el suyo, con una fachada como la suya, cualquier clase de baile le sentaría como un guante. Abanicos… Aquello seria el disloque.

—Creo que iré a verla uno de estos días, *miss* Me…

Me interrumpió.

—Para lo sucesivo, llámeme Mona, Cliff. ¿No es así como se llama usted?

Dije que sí y me acompañó a la puerta.

Desde el pasillo le lancé un beso con la punta de los dedos, me lo devolvió y penetré en el ascensor llevándome en las retinas la esplendorosa visión de sus piernas de ensueño, ya que el salto de cama se había abierto por segunda vez, mostrándomelas ahora en toda su exuberante extensión.

Sí, señores, un espectáculo altamente interesante y decorativo.

Alcancé la calle pensando en ella.

Pero cuando me encontré en el interior del taxi que detuve, camino del apartamento de Julie Stillman, iba pensando en Sandra y en la clase de amigos que tenía.

En Sandra y en lo que me había dicho sobre mi persona. En Sandra y en el beso que me había dado.

Alcancé el apartamento y ahora subí por la escalera despreciando el ascensor, ya que Julie vivía en el segundo piso.

Pulsé el timbre correspondiente a su apartamento, pero no obtuve respuesta.

Insistí, pero el resultado fue el mismo.

No lo pensé más ya que se me estaba haciendo tarde.

Era la verdad. Anochecía cuando de nuevo me vi sobre la acera con el pensamiento puesto en Sandra.

Con el pensamiento puesto en ella y en el chantajista al que tenía que ver en Central Park dentro de un par o tres de horas.

Busqué un bar.

Pedí un «Manhattan» y, mientras me lo servían, me encaminé hacia la cabina telefónica.

Marqué el número.

No hubo respuesta.

Regresé a la barra, bebí la mitad del «Manhattan» y de nuevo me acerqué a la cabina telefónica.

Al otro extremo del hilo oí la insistente llamada del timbre del teléfono, pero nadie contestaba.

Sandra lo hizo unos segundos más tarde, cuando ya me disponía a colgar, y su primera pregunta fue:

—¿Has sido tú el que ha llamado hace unos minutos, Cliff?

—Sí —dije—. ¿Es que ocurre algo?

—Aún no lo sé, querido —dijo—, pero la policía está buscándote.

—¿Cómo lo sabes?

—Les he visto, por la mirilla de la puerta. No hace ni media hora que se presentaron aquí, pero no contesté cuando llamaron al timbre —respondió—. Ahora… Bueno, Cliff, ahora están abajo. Desde la ventana del *living* veo estacionado a uno de los coches patrulla. ¿Qué crees que esperan?

—Desde luego, a mí —respondí sin una sola vacilación—. Y ahora, escucha una cosa, encanto, apaga todas las luces, métete en la cama y espera.

—¡Cliff!

—Haz lo que te digo, amor —atajé—. Ellos no saben que estás ahí. Por tanto, no te muevas. Yo voy a tomar un bocadillo en cualquier bar, luego iré a ver un espectáculo de Broadway. Al terminar me daré una vuelta por Central Park.

—¡Cliff!

—¿Qué, linda?

—Yo… Bueno, cuídate, ¿quieres?

—Lo haré. Pero debo estar tranquilo. Debo de tener la seguridad de que tú no vas a moverte de ahí, ¿comprendes?

—Lo haré, amor. Puedes estar seguro de ello.

Colgué luego de despedirme de ella y regresé a la barra.

Acabé con el «Manhattan», pagué y salí a la calle para buscar un restaurante.

Eran las doce y treinta de la noche cuando tomé un taxi con el cual, y ante la mirada del taxista, me hice conducir a Central Park, entrando en el parque por la puerta que Sandra me había dicho.

Caminé despacio, haciendo tiempo.

Total, eran diez los minutos que ahora faltaban para mi cita con el chantajista. Por lo tanto, me sobraba tiempo.

En la funda de mi axila la «Colt-Cobra» parecía dormir, pero yo sabía que despertaría a la más leve presión de mi mano sobre la misma.

En mi bolsillo un sobre que sólo contenía unos cuantos papeles sin valor alguno. Papeles de periódicos.

La jugada que iba a hacerle al chantajista estaba clara y diáfana en mi mente. Iba a entregarle aquellos papeles a cambio de nada. De eso estaba seguro como también lo estaba que después le seguiría hasta su guarida en la inteligencia que allí sería donde guardaría los negativos que necesitaba.

Silencioso y vacío.

Tan silencioso como una tumba.

Por lo menos, así es como me pareció a mí que se encontraba Central Park a aquella hora de la noche.

Vacío. Tan vacío como lo estaban mis bolsillos hasta que no tropecé con Sandra Bartock.

Tomé por uno de los caminos de mi derecha y empecé a contar los bancos hasta que llegué al que Sandra me había dicho.

No había nadie.

El silencio era absoluto.

Miré en torno y acto seguido me acerqué al banco, pensando que tal vez el chantajista se retrasaba un poco.

Pero, no, no se había retrasado. El chantajista estaba allí, a pesar de que yo no lo había visto, posiblemente escondido detrás de un macizo de flores o del tronco de un árbol.

Lo supe cuando a mi espalda oí un suave rumor. Fui a volverme pero llegué demasiado tarde, ya que algo se estrelló contra mi nuca y yo, a mi vez, estrellé el rostro contra el suelo.

Eso fue todo lo que supe hasta minutos más tarde, cuando me recobré.

Con la mano en la nuca, intentando vencer el agudo dolor que sentía en la cabeza, que parecía querer estallar en mil pedazos, me puse de rodillas y entonces le vi.

El tipo era grandote, como un cargador de los muelles. Un matón. Sencillamente un matón del puerto o de cualquiera de los bajos fondos de Nueva York y se encontraba tendido a mi lado con un balazo en medio de la cabeza.

Me puse en pie de un salto y gemí cuando la mía me dio una nueva y dolorosa punzada.

Me tambaleé.

Al recobrarme de nuevo, lo primero que hice fue llevarme la mano al bolsillo. El sobre donde guardaba los papeles de periódico había desaparecido.

Miré por segunda vez en torno mío.

Nadie.

El silencio continuaba siendo absoluto.

Me acerqué al cadáver y, al inclinarme sobre él, oí las sirenas de la policía.

Maldije entre dientes, di media vuelta y empecé a alejarme de allí a buen paso, pero sin correr, y procurando no ser visto por algún inopinado trasnochador.

Tuve suerte.

Media hora más tarde me encontraba en pleno Broadway buscando un *snack*-bar.

Mi idea era llamar por teléfono a Sandra y luego ir a ver, en su propia salsa, a Julie Stillman, a la que no había podido ver en su apartamento.

¿Me serviría de coartada?

No creía que me hiciera falta, pero por si acaso…

CAPÍTULO VII

Llamé por teléfono.

Y supe que Sandra no se había acostado, ya que tomó el teléfono casi de inmediato.

Pero no dijo nada hasta que yo hablé primero.

—¿Oiga…? ¿Quién diablos hay ahí que…?

—¡Cliff! ¡Oh, Cliff, estaba esperando tu llamada y no me atrevía a hablar! Creí que era la policía.

—Pues ya has visto que no, que soy yo —contesté.

Hice una pausa y pregunté:

—¿Aún se encuentra ahí el coche patrulla?

—No. Se fue hace cuestión de una media hora.

—Correcto, vístete y no te muevas de ahí, querida.

—Estoy vestida.

—Entonces, prepara tus cosas, que te vas a marchar.

—¡Cliff! Pero ¿qué es lo que ocurre?

—Te lo contaré tan pronto llegue.

Colgué sin esperar respuesta, fui a la barra, bebí el *whisky* de un solo trago y pagué, saliendo a la calle.

Tardé un poco en encontrar un taxi, pero, conseguido éste, por «suerte», alcancé mi apartamento veinte minutos más tarde.

Subí utilizando el ascensor y abrí con mi llavín. Apenas lo hube hecho, Sandra me cayó encima como un huracán, echándome los brazos al cuello.

Tardé bastante en separarme de ella.

Más de lo que yo creía, y entonces, mientras se arreglaba un tanto el desaliño de la ropa y el pelo, dije:

—Vamos, linda, tenemos que irnos.

Me miró con sus magníficos ojos negros muy abiertos y contestó:

—¿Dónde, Cliff? ¿Qué es lo que ocurre?

—Aún no lo sé, pero mataron al chantajista.

—¿Qué…?

Yo tenía una idea muy diferente, pero no se lo dije a ella. Algunas veces, el saber demasiado puede resultar perjudicial.

Por tanto, continué con lo que estaba diciendo:

—Es sencillo, linda, le mataron y nada más. Fui a Central Park, pero no estaba. Es decir, yo no te vi en aquel momento. Me acerqué al banco creyendo que se había retrasado un poco pero no era así. Debía estar escondido tras los macizos de flores o tras el tranco de uno de los árboles. Eso no lo sé. Repentinamente recibí un golpe en la cabeza y perdí el sentido. Cuando me recobré, yacía a mi lado, muerto, con un balazo en la cabeza.

—¿Y… los diez mil…?

—Alguien se los llevó. Y lo hizo mientras me encontraba sin sentido.

—¿Quién era el chantajista? —preguntó con los ojos brillantes.

—¿Cómo quieres que te lo diga si cuando me incliné sobre él para registrarle oí las sirenas de la policía? Eso explica que ya no esté aquí el coche patrulla. Por tanto, nos vamos —hice una ligera pausa y rectifiqué—. Es decir, te marcharás tú aunque yo siempre sabré dónde estarás, ¿comprendes?

—Pero…

—Vamos —atajé—. Date prisa o de lo contrario se presentarán aquí y las explicaciones serán difíciles.

—¿Dónde vas a llevarme?

—Te lo diré por el camino, querida.

Abandonamos el apartamento media hora más tarde y tomamos el subway que nos llevó hasta el puente de Brooklyn y de allí abandonamos Nueva York por la carretera 21.

Cinco millas más allá descubrí el letrero de un motel y mandé al conductor del taxi que se detuviera.

Pagué ante los ojos curiosos de Sandra, y en silencio, y descendimos del coche.

Diez minutos más tarde teníamos una de las cabañas del motel para los dos.

—¿Y ahora…?

Esto lo dijo ella unos segundos más tarde que la puerta se

cerrara a nuestra espalda, y la atajé.

—Ahora, Sandra, hermosa, me voy.

—¡Cliff! Pero yo creí que…

—Me quedaré contigo otro día. Tan pronto como pueda hablar con el teniente Mulligan. Tal vez te estén buscando y por ahora no es conveniente que sepan dónde te encuentras y nadie mejor que yo para no decírselo.

—Pero…

—Por favor, Sandra —atajé por segunda vez—; quisiera que lo comprendieras. Necesito estar libre. Tengo una pista y debo seguirla cueste lo que cueste.

Aquello era una mentira como un carro, pero no tenía más remedio que soltarla si quería que me dejara en paz aunque sólo fuera por el momento.

Lo conseguí porque replicó:

—Correcto, Cliff, lo que tú quieras. Dime, ¿cuándo nos veremos?

—Procuraré estar aquí dentro de unas horas. Acuéstate y descansa.

Nunca supe cómo, pero repentinamente me vi en la carretera pensando en Julie Stillman, caminando en dirección a Nueva York a buen paso.

Pensando en que por lo menos aquella noche no vería a Julie.

Cuando yo llegara a Nueva York, a aquel pago, estaría amaneciendo. Pero al pensar así no contaba con la casualidad o con el Destino.

Llámesele como se le llame siempre hay que tenerlo en cuenta. Buena prueba de ello la tuve cuando apenas si había andado tres cuartos de milla alejándome más y más del lugar donde había dejado a Sandra.

La carretera estaba vacía, sin tránsito alguno en ambos sentidos, por lo que no podía practicar el «auto *stop*» a lo que tan aficionados somos los americanos, por tanto, nada tiene de extraño el que pensara de aquel modo.

Los faros de un coche hicieron cambiar el curso de mis pensamientos y me detuve volviéndome en sentido contrario al que llevaba.

Venía a buena velocidad.

A tanta que tuve miedo por el conductor.

Pasó por mi lado como una centella y suspiré.

Y volví a suspirar cuando hasta mis oídos llegó el aullido de las cubiertas al rozar contra el asfalto cuando el conductor aplicó el freno poco a poco, hasta conseguir detenerlo del todo.

Unos segundos más tarde una de las portezuelas se abrió y casi al instante hasta mí llegó la voz de una mujer.

—Vamos, suba si quiere que le lleve.

Me acerqué rápidamente para enfrentarme en el acto con unos grandes y rasgados ojos azules que me miraron fijamente desde un rostro perfecto hasta la exageración, por lo hermoso.

—Entre, le llevaré.

Me acomodé a su lado y ella puso el coche en marcha.

Entonces la examiné.

Alta. Casi tanto como Sandra y mucho, muchísimo más hermosa, Rubia. Con uno de esos altos peinados a la última moda. Una nariz fina, delicada, una boca de labios gordezuelos y rojos, incitantes, sobre un redondo mentón con un hoyuelo en el centro.

La miré ahora al rostro que veía de perfil si es que no quería mirar al retrovisor dije sencillamente:

—Gracias.

Sonrió.

Tenía una bonita sonrisa que me cautivó en un segundo.

¿Quién sería?

In mente me formulé la pregunta y ella pareció adivinarla, ya que su sonrisa se amplió aún más.

—Apuesto a que se está preguntando qué hace una mujer sola por esta carretera y a estas horas de la noche, ¿no?

Le devolví la sonrisa.

—No del todo —contesté—. Sencillamente me estaba preguntando quién sería usted. Como ve, una pregunta altamente curiosa.

Me lanzó una fugaz mirada y replicó:

—Quizá mi nombre no le diga nada, pero si va a verme actuar cualquier noche que no sea ésta… Bueno, me llamo Julie Stillman.

Me dejó helado.

—¿Cómo…?

Algo en el tono de mi voz hizo que me volviera a mirar, y ahora ya no fue tan fugaz su mirada como la anterior.

—¿Qué significa ese cómo? —preguntó.

Me eché a reír.

—¿Me creería si le dijera que mi única preocupación de —esta noche era la de no llegar a tiempo a Nueva York? Me refiero a tiempo de verla a usted.

Arqueó levemente una ceja.

—¿Para verme actuar?

—No. No del todo. Deseaba hablarle. Es importante.

Nada en su rostro me dijo ahora si la había impresionado o no.

Y a mis palabras siguió un silencio que se hizo extrañamente largo hasta que finalmente lo rompió:

—Bien… ¿Qué desea de mí?

—Hablarle de un hombre llamado Robert Latimer. Usted le conocía, *miss* Stillman, y él fue asesinado.

No contestó.

No lo hizo hasta que los rascacielos de Manhattan, estuvieron a la vista de nosotros.

Entonces dijo:

—Era un buen amigo. Y ahora, antes de contestar a más preguntas, ¿quiere decirme quién es usted?

—Un detective privado al que payan por descubrir a su asesino.

—Correcto, pesquisa, ¿cree que yo le maté?

Respondí con otra pregunta:

—Alguien lo hizo, ¿verdad?

—Indudablemente. Pero no fui yo.

—No he dicho eso, *miss* Still…

—No, pero lo está pensando.

—Eso es mucho decir por su parte, ¿no? —me defendí.

—Sí, tal vez… —Hizo una ligera pausa y añadió—: ¿Qué es lo que quiere saber, pesquisa?

—Todo.

—¿Si…? ¿Y qué es ése todo?

Ahora me tocó vacilar a mí.

Contesté cuando estábamos atravesando el puente de Brooklyn.

—Principalmente las relaciones que le unían con Latimer, preciosa.

—Sencillas, pesquisa —contestó—. Él decía que me amaba. Que deseaba casarse conmigo.

—¿Nada más?

—¿Le parece poco?

A mí me parecía incluso demasiado, pero no se lo dije. Hay cosas que sientan mal y aquélla podía ser una de ellas:

—No, no es eso —contesté—. No me refería a eso y usted lo sabe.

Vacilé unos segundos y me lancé a fondo:

—Me han dicho que usted y él eran amantes, *miss* Stillman.

Se echó a reír, pero su rostro estaba coloreado cuando lo hizo.

—Quien dijo eso mintió. Ésa es la verdad. Mis relaciones con Latimer eran las de dos amigos. Dos buenos amigos diría yo, pero sin llegar a ese extremo. No, pesquisa, no hay ni ha habido ningún hombre en mi vida por el momento. Extraño, ¿verdad?

—¿Sospecha quién pudo matarle, *miss* Stillman?

Frunció el ceño.

—No —dijo—. Tanto pude hacerlo yo misma como otra mujer cualquiera, pero nada más. Incluso Sandra.

Arqueé una ceja.

—¿Quién es Sandra?

Y ella contestó:

—Acabamos de llegar, fisgón.

Era verdad. Julie había detenido el coche frente a uno de los imponentes edificios de Wall Street y me volví a mirarla con asombro.

—Venga conmigo, pesquisa —dijo—. ¿O es que no cree que a pesar de ser una de las cantantes de «Fígaro» para mí no representa una nueva e interesante experiencia el poder hablar sobre crímenes con un detective privado y en persona?

Sin saber si se burlaba o no descendí del coche, abrí la portezuela contraria para que ella lo hiciera a su vez y me premió con una sonrisa y con el espectáculo de sus inigualables piernas cubiertas con caras medias de nylon.

—Suba conmigo a mi apartamento —dijo—. Tomaremos una copa.

—Y hablaremos de Sandra y Latimer, ¿no?

—Es usted terrible, míster… —vaciló unos segundos y añadió—: Aún no me ha dicho su nombre, pesquisa.

—Cliff Markan —dije.

—Correcto, Cliff, le llamaré así. Por su parte puede llamarme Julie.

No contesté.

Entramos en el edificio, subimos a su apartamento y ya en el *living* me indicó uno de los sillones.

—Siéntese si gusta, Cliff. Vuelvo enseguida.

Lo hizo.

Con dos vasos de *whisky* en la mano. Se sentó frente a mí luego de darme uno y al cabalgar una pierna sobre la otra por primera vez tuve miedo de lo que representaba o podía representar una mujer en la vida de un hombre.

Julie rompió el silencio poco después.

—Me gusta que admiren mis piernas, pero no como usted lo hace, pesquisa —dijo—. Por tanto, y para distraerle, hablaremos de Robert, ¿no?

Confieso que me desconcertó aunque fue momentáneamente.

—Sí, creo que es lo mejor. Usted, Julie, ¿qué es lo que sabe de él?

Contestó por orden a mis palabras.

—Voy a dejar que me bese, pero no ahora, Cliff, en pago de dejar en paz a mis piernas. En cuanto a Robert, ¿qué es lo que desea saber?

—Pongamos que me interesa todo lo que se relaciona con él y con esa Sandra… ¿No fue eso lo que me dijo?

—Sí, creo que sí, que nombré a Sandra.

Después de sus palabras siguió un largo silencio entre los dos que aproveché para beber.

CAPÍTULO VIII

Yo mismo lo rompí.

—¿Qué hay de Sandra y Latimer?

Julie no vaciló en afirmar:

—Eran amantes, Cliff.

—¿Cómo sabe eso? —pregunté violentamente sorprendido.

—Si no lo supiera me hubiera casado con él. No porque le amara, no, sino por la sencilla razón de que Robert tenía todo cuando una mujer puede desear en esta vida. Era rico y… Bueno, Cliff, tenía todo lo que una mujer como yo puede desear. Incluso una amante, y esto es lo único que jamás desearía. Compartir un hombre con otra mujer. Me comprende, ¿verdad?

Si no mentía, podía ser así.

Es decir; era así sin paliativos de ninguna clase.

No obstante y a pesar de mis pensamientos traté que me quedaba frío. Luego ya no tuve tiempo de pensar en nada más porque ella preguntó en aquel momento:

—Y usted, Cliff, ¿conoce a Sandra Bartock?

—No, aún no —mentí con todo cinismo—. Pero conozco a Hellen Latimer.

Me sonrió.

—Entonces fue ella la que fe dio mí nombre, pesquisa —afirmó categóricamente.

—¿Cómo lo sabe?

Una vez más su bonita sonrisa brilló por entre sus adorables labios.

—Es fácil de presumir si tiene en cuenta que Hellen y yo no nos llevamos bien. Es decir —se corrigió a sí misma—, no me es simpática y casi estoy por asegurarle que yo tampoco se lo soy a

ella.

Sin contestar a sus preguntas formulé una nueva pregunta:

—¿Conoce a un hombre llamado Lass Borden?

Arqueó una ceja, tomó el vaso y bebió un poco antes de contestar.

—Sí. El y Mona… Bueno, Mona es una cantante. Es decir, más que cantante una bailarina de abanicos. Aparece en la pista… Me entiende, ¿verdad?

—Correcto —dije—; ¿qué hay de Mona?

—Borden y ella son muy amigos.

—Sé eso linda, porque ya lo investigué. Ahora queda Sandra y usted —volví a mentir aunque sólo fue en parte—. Lo que deseo saber, es qué relaciones unen a esos dos con Sandra.

—¡Oh! Eso es difícil de adivinar. ¿Conocidos? ¿Amigos? Con seguridad no lo sé. No obstante, he visto a Borden acompañando a Sandra más de una vez y me consta que esto no gustaba a Mona ni mucho menos.

Aquello también lo sabía yo, ya que la propia Mona me lo había dicho.

—¿Y Hellen?

—Nos conoce a todos, pero en contra de la opinión de su hermano, nosotros somos de otra clase, si es que me entiende usted.

—Comprendo. Julie —dije—. Ninguno le es simpático, ¿verdad?

—Correcto.

Tomé mi vaso y bebí mientras mi mente trabajaba a marchas forzadas.

Al terminar, pregunté:

—Y a usted, Julie, ¿qué relaciones, le unen con todos?

Me sonrió una vez más.

—Las de todos nosotros. Las que suelen haber entre personas que trabajan, si no juntas, sí en la misma profesión, y que han actuado indistintamente en diferentes clubs nocturnos.

Aquello no quería decir nada en concreto, pero no insistí en el tema. Me limité a formular una malintencionada pregunta:

—Y usted, linda, ¿cómo aparece en la pista?

Se puso en pie mirándome de soslayo y cuándo creía que me iba a mandar al cuerno se llevó la mano a la cintura, algo más arriba de la cadera y dijo siempre sonriendo:

—Con un vestido negro bordado de lentejuelas abierto desde los pies hasta aquí, pesquisa. Según dicen un espectáculo muy interesante. Mis piernas, ¿sabe? Pero usted… ¡Claro que lo sabe! Se ha dado un atracón con ellas, de tanto mirar, cuando le traía hasta aquí. Por otra parte, no ha dejado de hacerlo ni un solo segundo eh el intervalo…

Levanté la mano en señal de paz y se echó a reír en tanto se dejaba caer sobre el sillón.

—Por favor, Julie… —dije.

Lo que motivó que volviera a reír.

Esperé a que terminara y pregunté:

—¿Quiere decirme dónde se encontraba usted cuando asesinaron a Latimer?

Se nubló su rostro y me miró suspicaz.

—Sospecha de mí, ¿no es así?

—Sospecho de todo el mundo, querida. ¿Dónde se encontraba?

Frunció el bonito ceño y las ventanillas de la nariz se le dilataron un tanto cuando contestó:

—Supongo que actuando, en el «Fígaro» aunque no se lo puedo decir con seguridad. ¿Por qué no viene mañana noche y entre los dos intentamos recordar? Ande, le invitaré a una copa posiblemente le haga el honor de concederle un baile, cosa que no acostumbro a hacer.

Por un momento me sentí mordaz y pregunté:

—¿Ni a Latimer tampoco?

Me equivoqué porque no se enfadó.

—Sí, Cliff. A Latimer sí. Lo hice muchas veces. Y si le interesa le dirá que también me besó.

Bebí hasta apurar el resto del *whisky* en tanto pensaba.

—Hábleme de Latimer, Julie —dije.

Me miró con asombro.

—Creí que ya lo habíamos hablado todo, pesquisa.

—Lo que ocurre es que de él, concretamente de él, no hemos dicho nada.

Julie descabalgó la pierna de la otra, lo hizo a la inversa, se sonrió con picardía cuando se dio cuenta de cuál era la dirección de mis ojos y contestó con una pregunta:

—En concreto, Cliff, ¿qué desea saber?

—Sus relaciones con mujeres. Además de usted, Julie, de Sandra, ¿cuántas más había?

Ahora su rostro se nubló más que la vez anterior y la voz se le volvió espesa.

—No me gusta hablar mal de los muertos, Cliff —dijo.

Y pensé por segunda vez que al parecer, en aquel caso, todo el mundo quería darme facilidades.

¿Por qué?

Sin lograr responderme a mi pregunta, formulada in mente, contesté:

—¿Qué otras más, Julie?

—No lo sé.

—Pero había más, ¿verdad? Posiblemente la propia Mona y a pesar de Borden, ¿no?

—No lo sé, Cliff, y quisiera que me creyera.

Rectifiqué.

Por lo menos, Julie no deseaba darme facilidades. Me estaba mintiendo Y al mirarla a los ojos supe que lo continuaría haciendo por lo menos en aquel terreno.

—Perdone, Julie —dije—. Me equivoqué. Eso es todo…

—¿Qué quiere decir?

Dudé entre decir lo que pensaba o guardármelo para mí, hasta que de un modo repentino opté por lo primero.

—Verá, preciosa —empecé—; yo veo las cosas de éste, modo: Robert Latimer era un mujeriego cien por cien. Amante de Sandra, según lo que me acaba de contar, mientras que por otra parte intentaba casarse con usted, ¿no?

Asintió en silencio y proseguí:

—Quizá también buscaba algo con Mona Merrick a espaldas de Borden. Tal vez buscaba algo con otras. Sea del modo que fuere, le mataron por celos. No me cabe la menor duda que fue un crimen pasional. Borden pudo matarle a causa de Mona.

—No afirmaría yo tal cosa, pesquisa.

—No, tal vez no, y más si se tiene en cuenta que usted también pudo hacerlo. Motivos para ello tenía si es que estaba enamorada de él. El, según usted, terna todo lo que una mujer puede desear, ¿no? Tal vez Latimer era su prometido, tal vez la conoció antes que a Sandra contando con que ésta sea verdaderamente su amante y

usted le liquidó cuando se vio burlada. ¿No es así?

Se puso en pie de un salto.

Sabía que era una despedida.

Lo era, sí, pero no del modo que yo creía.

—En castigo por pensar tan mal de mí, pesquisa —dijo—, no voy a darle el beso que le prometí —consultó su reloj de pulsera y añadió—: Le ruego que se marche ahora, Cliff, ya que son más de las dos y media de la madrugada, y yo estoy muy cansada. Mañana, si quiere, vaya al «Fígaro». Le está…

—¿A por el beso? —interrumpí.

Me mostró sus dientecillos blancos como perlas en una sonrisa y contestó:

—Si se comporta bien con la pobre Julie será así, Cliff, no lo olvide.

Le devolví la sonrisa, no contesté, y vino detrás de mis pasos cuando a continuación me encaminé hacia la puerta que daba acceso a la salida.

Con la mano en el tirador ladeé la cabeza para mirarla, y dije:

—Julie, estoy atando cabos, y usted me comprende, ¿verdad?

—Sí. Por lo menos eso creo.

—Entonces quisiera hacerle una pregunta.

Se abanicó con las largas pestañas rubias y sus azules e inmensos ojos chispearon.

—¿Me pregunta, Cliff?

—Por ahora sólo una más, linda.

—Correcto; suéltela, pesquisa.

—Se trata de Mona Merrick, la amante de Borden. ¿Sabe usted si se la ha visto muchas veces con Latimer?

Volvió a sonreír.

—Latimer ha sido visto con muchas mujeres, Cliff; incluso conmigo, como ya le dije.

No era aquélla la respuesta que deseaba, pero me conformé.

Me conformé, pero sólo por el momento.

* * *

Vi el coche de la policía un poco antes de que el taxi que me conducía llegara al edificio donde tenía mi apartamento.

Ordené que se detuviera, pagué e igual que otras veces hice el camino a pie aunque no llegué de primer intento.

Antes vi a una pareja de uniformados policías que abandonaban el coche-patrulla y venían hacia mí.

Me detuve.

—¿Markan?

—Sí, yo mismo —dije.

—El teniente Mulligan desea verle.

—¿A esta hora? —pregunté consultando mi reloj.

—El asunto es urgente, pesquisa.

—¿Dónde se encuentra?

—En el precinto.

Hice una mueca.

Para mí aquello significaba una noche en blanco. Creía saber para qué me llamaba. O era por causa de Sandra, porque de un modo u otro la había relacionado con el crimen, o el motivo se llamaba cierto cadáver encontrado en Central Park.

Cómo lo relacionaba conmigo, no lo sabía.

Estaba haciendo conjeturas.

—¿Nos vamos?

—Sí, ahora mismo.

Subimos al coche y continué haciendo conjeturas el resto del camino.

La sonrisa de Mulligan era mefistofélica cuando me indicó que me sentara en el sillón que previamente y quizá desde hacía horas, habían instalado allí.

Lo hice correspondiendo a su sonrisa con la mejor de las mías, y apenas si lo hube hecho preguntó:

—¿Dónde está Sandra Bartock?

No cometí el error de decirle que no había oído hablar de ella. Me limité a mirarle fijamente y a levantar una de mis pobladas cejas negras.

—Hace bastante que no la he visto.

—¿Cuánto aproximadamente?

—¡Qué sé yo, teniente! Hablé con ella en relación con el asesinato de Latimer y nada más. ¿Cómo quiere que sepa dónde se encuentra en este momento? Ella es una mariposa de sa…

—Sé todo eso. Por tanto cuénteme algo mejor. Algo que en el

interior suene a música o lo pasará mal, Markan. Y voy a sentirlo. Usted es una buena persona hasta que deja de serlo, y esto le ocurre indefectiblemente siempre que tropieza con una mujer hermosa. Vamos, Markan, ¿dónde está la chica?

Del bolsillo extraje el arrugado paquete de cigarrillos. Le di uno y encendí el mío.

—Confieso que no sé de qué me está hablando, teniente, y creo, que a pesar de que me puede dar un mal rato aquí, en este mismo momento, no va a poder probarme nada.

—¿No…?

—No. No sé dónde está la chica. Hace horas que hablé con ella como he hablado con tantas y tantas otras, Mulligan, desde que empezó todo. Si esa Sandra Bartock no está en los lugares habituales en ella ni en su apartamento, ¿quiere decirme qué diablos tengo yo que ver en eso?

Fumó en silencio por espacio de varios segundos y sin contestar a mis palabras formuló una pregunta diametralmente opuesta, como si quisiera cambiar de tema cuando yo sabía que no era así ni mucho menos; que lo sacaría de nuevo a colación tan pronto como lo estimara por conveniente:

—¿Dónde ha estado hasta ahora, pesquisa? Y me refiero desde el momento en que según usted dejó a Bartock hasta que mis hombres le encontraron en la puerta del edificio donde tiene su apartamento.

Pensé en Julie, pero ¿querría ella?

—Podemos hacer un trato, teniente —dije—. Usted me cuenta por qué cree que yo sé dónde se encuentra Sanara Bartock y yo le digo todo lo demás.

Me miró con suspicacia, y ocurrió lo que yo esperaba que sucediese. Mulligan creía que yo sabía mucho más que él en aquel asunto. Quizá hasta la identidad del asesino, por lo que respondió:

—Hablemos claro, pesquisa. Le diré unas cuantas cosas. Es decir, la única que sé, pero usted lo va a soltar todo. Y cuidado. Si le tomo en una mentira o en un renuncio, despídase de la licencia.

Era la primera vez que oía aquella amenaza en boca del teniente y confieso sin rubor alguno que tragué saliva antes de responder:

—Correcto, teniente, hable.

—Recibimos una nota. Un anónimo si quiere llamarle así. Robert Latimer fue asesinado en el apartamento de esa muchacha.

Pensé en las fotografías.

Acababa de hacerlo cuando el teniente añadió:

—Hay ciertas fotografías que lo prueban así y que me fueron remitidas por el mismo conducto. Por tanto, hasta que no se demuestre lo contrario, Sandra Bartock está acusada formalmente de asesinato en primer grado.

—¿Por qué en primer grado, Mulligan? —pregunté.

—Bartock y Latimer eran amantes, Markan, ¿o no lo sabía?

—Ella lo negó cuando se lo pregunté, teniente. Por tanto, ahora yo le pregunto a usted: ¿cómo está tan seguro si no habló con la muchacha? Y otra cosa; ¿por qué le mató siendo amantes?

Su respuesta no me satisfizo en modo alguno, ya que me decía claramente que Mulligan estaba dispuesto a mandarla a la silla, si podía:

—Yo le llamaría crimen pasional, Markan.

—¿Sí…? ¿Por qué?

Se rió en mis propias barbas.

—Latimer era un tipo al que le gustaban las mujeres, pesquisa —dijo—. Andaba de una en una como las abejas o las mariposas. El motivo fue a causa de una de ellas Ahora lo que necesito saber es cuál fue la culpable, desde luego de un modo indirecto. Estamos investigando sobre eso y espero buenos resultados antes de este mediodía. Y ahora, Markan, vuelvo a preguntarle: ¿dónde está Sandra Bartock?

—¿Cómo diablos quiere que lo sepa? Le he dicho que…

—Y yo voy a decirle algo más, pesquisa. Esa chica está en un lío muy serio y le está pagando a usted para que la proteja o la saque de él. ¿Es o no es así?

No contesté.

Continué fumando en silencio, mirándole fijamente.

CAPÍTULO IX

—¿No contesta, Markan?

—¿Qué quiere que conteste si ya se lo dije antes y no me creyó? Por otra parte, aunque no me crea, Sandra Bartock nada tiene que ver conmigo. Es la verdad y nadie va a apearme del burro.

Mulligan era el tipo de hombre que a cada instante estaba saltando de un tema a otro, por lo que no me sorprendió ni poco ni mucho su siguiente pregunta:

—Hablando de otra cosa, pesquisa, ¿dónde ha estado, por ejemplo, desde las diez de anoche hasta el momento presente?

—¿Hay algún motivo especial para que tenga que decírselo a usted, teniente? —contesté sin desconcertarme.

—Correcto, Markan, lo hay; ¿dónde?

—¿Qué motivo?

Hizo un gesto de impaciencia ya que no esperaba una pregunta como respuesta a la suya y contestó:

—Mataron a un hampón en Central Park, pesquisa.

—¿Sí…? No me diga que cree que lo hice yo.

—Eso no lo sé aún. Lo que sí puedo decirle de antemano es que se trata de un asesinato. El tipo ese ni siquiera llevaba armas consigo.

—¿Y por el mero hecho de no llevar armas cree que le maté yo, teniente? Vamos, por favor, un poco más de formalidad.

—Vamos, conteste —fue la respuesta que obtuve—. ¿Dónde estuvo, pesquisa?

Hice una mueca.

—Por ahí.

—Especifique más, ¿quiere?

Respondí con otra pregunta:

—¿Desde qué hora dilo, teniente?

—Pongamos a partir de las diez de la noche hasta el momento en que mis hombres…

—Sé lo que quiere decir, Mulligan —atajé—. Ahora bien; no es correcto que le diga dónde me encontraba, teniente.

—¿No…? ¿Por qué?

—Una mujer.

—¿Si…? ¿Quién?

Vacilé.

¿Qué podía hacer? Nada. Ésa era la verdad. No podía hacer nada. Simplemente decir una mentira y esperar a que esta misma mentira me diera un respiro de unas horas.

Las suficientes…

Pero ¿sería bastante para lo que me proponía?

—Tropecé con Julie Stillman y nos fuimos por ahí, teniente.

—¿Hasta las tres de la madrugada?

—Exactamente hasta las dos y treinta —señalé el teléfono que tenía instalado sobre la mesa, al alcance de la mano y añadí—: Puede telefonear ahora mismo y preguntarle, si está de humor para contestar.

—¿Por qué no había de estarlo?

—Porque a nadie le gusta que la policía le saque de la cama a altas horas de la madrugada para formularle un montón de preguntas estúpidas.

Dejé una pausa en blanco sin que él me interrumpiera y añadí en vista de su silencia:

—Es muy tarde, teniente, ¿desea algo más? Si no es así, deseo irme a dormir.

—Váyase, pesquisa —dijo ante mi estupor—, pero no salga de Nueva York sin que yo lo sepa, por lo menos hasta que yo averigüe algunas cosas.

Sin responder me puse en pie y fui hacia la puerta.

Llegaba a la misma cuando Mulligan preguntó a mi espalda:

—¿Qué sabe de Lass Borden, pesquisa?

Me volví a mirarle.

—Lo que todo el mundo, teniente —contesté sin comprometerme—, que es el amante de una cantante llamada Mona Merrick.

—¿Nada más?

—Nada más. ¿Por qué?

—Entonces es usted más estúpido de lo que yo presumía, pesquisa —dijo—, ya que Borden también bebía los vientos por Sandra Bartock a pesar de que ella y Latimer…

—¿Algo más? —pregunté atajándole.

—No, nada más. Ya puede irse, Markan, pero tenga cuidado. Un patinazo y acabaré con usted.

Sin contestar atravesé el umbral y salí a la calle.

Amanecía.

Caminé despacio hasta que encontré el primer bar abierto. Una taza de café con leche y unos bollos me sentaron de maravilla. A continuación esperé que llegara un taxi vacío y me encaminé a mi apartamento, donde me duché y cambié de ropa mientras el nombre de Lass Borden bailoteaba por el interior de mi mente.

Luego me tendí sobre la cama y dormí hasta mediodía.

A continuación llamé a Sandra.

Pero no lo hice desde mi apartamento. O yo era tonto de remate o Mulligan había intervenido el teléfono.

Desde un locutorio público, en plena calle 49, la llamé.

—Hola, Sandra —dije—. ¿Algo nuevo?

—Sí. Te echo de menos. ¿Cuándo vas a venir?

—Eso no lo sé —oí su suspiro y continué—: Te está buscando la policía. No te muevas de ahí pase lo que pase. ¿Comprendes?

—¡Cliff!

—No te preocupes, ¿entiendes? Tengo todos los hilos de la madeja y es cuestión de horas que le presente a Mulligan el verdadero asesino de Latimer —mentí en parte—. Ahora, querida, ¿quieres decirme dónde vive Lass Borden?

—¡Pero, Cliff…!

—¿Me das esas señas, sí o no?

—¿Para qué las quieres?

—Es sencillo, preciosa. Deseo hablar con él. Tú, lo mismo que yo, sabes que es otro de los complicados en el crimen.

—¿El asesino?

—¿Cómo se te ha ocurrido esa idea, preciosa?

—No lo sé. El… tenía amistad con Mona, conmigo, con esa cantante… Julie Stillman creo que se llama e incluso con Hellen, la

hermana de Robert. Es un tipo al que le gustan las mujeres. ¿Por qué no investigas por ahí? Puede que encuentres algo.

—Es lo que estoy haciendo, linda, pero necesito, como te dije, las señas de Borden. Dámelas, ¿quieres?

Vaciló durante unos segundos y finalmente contestó:

—En el 580 de la calle 53 Oeste, Cliff. No sé en qué apartamento, pero te será fácil averiguarlo mediante la tablilla indicadora.

Di las gracias, fui a colgar y en aquel momento preguntó:

—¿De qué me acusa la policía, Cliff?

Estuve a punto de decir que de asesinato, pero no lo hice.

—Alguien avisó a la policía que el crimen se había cometido en tu apartamento y desean interrogarte.

—¡Cliff! ¿Es cierto eso?

—Sí, pero como te digo no debes preocuparte, ya que no ocurre nada. Es un simple interrogatorio respecto a Latimer y a ti misma. Quieren saber las relaciones que os unían.

Su voz se volvió un tanto ronca cuando contestó:

—Ya te las expliqué a su debido tiempo, Cliff. Era un amigo y nada más que un amigo, sin…

—Sé todo eso, monina y así se lo expliqué al teniente. No obstante, desea verte. Son cosas de la policía, querida.

—¿Qué hago, Cliff? Estoy asustada.

—Quedarte ahí hasta que yo vaya a recogerte, y lo haré dentro de unas horas. ¿Algo más?

—Sí, que te cuides mucho…, y suerte.

Colgó, abandoné la cabina y me encaminé a un bar cercano donde pedí un bocadillo con jamón y una cerveza.

Mientras desayunaba, un poco tarde, pensé en te conversación sostenida con Mulligan la madrugada pasada. Sin saber por qué intuía que me había dado la clave. Si no de todo, sí de gran parte del problema, pero no podía recordar en qué momento ni qué frase motivó que yo pensara de aquel modo.

Un nuevo taxi me condujo a la calle 53 Oeste y tal como dijo Sandra busqué en la tablilla indicadora.

Sexto piso, apartamento
48-F.

Frente a la puerta dudé unos segundos y luego pulsé el botón.

Tuve que repetir la llamada un par de veces más antes de que aquélla se abriera enmarcándole en el umbral.

—¡Diablos, Markan! ¿Qué se le ofrece tan temprano?

Su voz sonaba cordial en extremo. Por otra parte, me estaba sonriendo, pero a pesar de ello no olvidaba que él era uno de los sospechosos en aquel asesinato.

Para mi, el ideal.

Le devolví la sonrisa y contesté:

—Hablar con usted, míster Borden.

—¿Sí…? Bueno, ¿y de qué?

Miré a ambos sentidos del pasillo y respondí:

—¿Pasamos dentro o prefiere que lo hagamos aquí mismo?

Arqueó una ceja y súbitamente se echó a reír.

—Perdone, Markan —dijo—, me sorprendió tanto que he faltado a los más primordiales deberes de la cortesía.

Se apartó de la puerta y añadió:

—Vamos, pase. Dentro estaremos mejor.

Lo hice y Borden cerró a nuestra espalda.

—Por aquí, Markan, por favor.

Ya en el *living* room, donde me llevó, me indicó una de las butacas.

—Siéntese, Markan —dijo—. ¿Quiere beber algo o aún es demasiado temprano?

Consulté el reloj.

—Creo que ya va siendo hora de tomar mi primer *whisky*, ¿no?

Desapareció por una de las puertas del fondo y entonces lancé una mirada en torno mío.

Un apartamento lujoso y bien montado.

Tenía de todo. Allí no faltaba de nada; ni siquiera el bolso de una mujer.

Un bolso que no había visto nunca y me pregunté de quién seria y si la dueña del mismo se encontraría en el interior del apartamento.

De nuevo empezaba a hacer conjeturas cuando entró Borden llevando dos altos vasos más que mediados de *whisky*, soda y unos cubitos de hielo.

Los depositó a mi lado, sobre el tablero de una mesita, se sentó frente a mí y preguntó:

—¿Y bien, Markan…?

Por segunda vez pensé en la dueña del bolso aquel diciéndome mentalmente que tal vez mi presencia en el apartamento había interrumpido una temprana escena de amor (por la hora, claro), y contesté:

—Si no le molesto, desearía hablar con usted de Sandra Bartock.

—¿Es usted de la policía, Markan?

Le sonreí.

—No, Borden, aunque soy investigador privado.

Arqueó una ceja.

—La policía ya estuvo interrogándome al respecto.

—Sí, lo sé. Pero como le dije antes, yo no soy de la policía.

Tomó el vaso y bebió un poco. Le imité sin decir nada en espera de que contestara alguna cosa y de que me mandara salir de allí.

No lo hizo.

Me refiero a lo último.

Ni siquiera se movió. Simplemente formuló una pregunta que me indicó sin lugar a dudas que él era otro de los que deseaban dar facilidades.

—¿Qué desea saber de Sandra, Markan?

—Todo lo que sepa, si puede ser, pero sobre todo las relaciones que la unen a usted.

—¿A mí…? —Se echó a reír y prosiguió—: Simplemente la de amigos si es que nos podemos llamar así.

La otra pregunta era la que verdaderamente deseaba hacerle y la formulé en aquel momento.

—¿Tan amigos como lo era de Robert Latimer?

—¿Cómo…? ¿Qué quiere decir?

—Tengo entendido que Sandra Bartock y Robert Latimer eran amantes, ¿no?

Borden contestó con otra pregunta:

—¿Quién le ha dicho eso?

—Es del dominio público y por tanto de la policía. Era verdad, ¿no?

—Si lo fue, yo nunca lo supe, y le estoy diciendo la verdad. ¿Alguna otra cosa?

—Si.

Fingí que vacilaba y continué:

—¿Dónde estaba usted la noche del crimen, Borden?

Me sonrió.

—Mi respuesta ya se la di a la policía.

—Si, lo supongo. Pero yo no soy po…

—Lo sé, Markan. Usted ya me lo dijo.

—¿Y bien…?

—Bueno, verá, estuve con una dama, ¿comprende?

—¿Con la misma que tiene oculta ahora dentro del apartamento?

Soltó un respingo sobre el sillón y contestó:

—¿Que yo…?

Señalé el bolso.

—¡Ah! Eso… es de una amiga mía, pero ella no se encuentra en el apartamento, Markan. Se lo dejó olvidado ayer noche —abarcó con los brazos todo el interior del mismo y continuó—: Si quiere, puede registrarlo. Tiene mi permiso, pesquisa.

Como cosa lógica rehusé y acto seguido formulé otra pregunta:

—Anteanoche sobre las doces, ¿dónde se encontraba usted, Borden?

—¡Cuernos, pesquisa! ¿A qué viene tanta pregunta sobre mis movimientos? Oiga, no será que sospecha de mí, ¿verdad?

—No, pero me gustaría saber dónde se encontraba sobre las do…

—¿Cómo quiere que lo sepa, Markan? Comprenda que no llevo un libro de notas para apuntar todos mis movimientos.

No obstante, y a pesar de ello, creo que fui al «Fígaro». Siempre me gustó oír cantar a Julie.

No dije nada.

Aquello podía ser o no ser cierto, pero fuera lo que fuere mis sospechas en contra suya iban en aumento a medida que transcurrían los minutos.

—¿Algo más?

Su pregunta rompió el hilo de mis pensamientos y contesté:

—Sí, claro, se trata de *miss* Bartock…

—Dígame.

—Creo que usted estaba enamorado de ella y que Latimer le desbancó, ¿verdad?

Nada en su rostro me dijo si mis palabras habían o no hecho

mella en él.

Su voz tampoco sonó alterada cuando contestó con perfecta calma:

—Quien le dijo eso mintió, pesquisa. Sandra no es ni será para mí nada más que una amiga…, si acaso.

—¿Qué quiere significar con ese «si acaso», Borden?

Sonrió.

—No soy de su devoción, Markan.

—¿No…? ¿Por qué?

—Según ella me gustan demasiado las mujeres —abrió los brazos en cruz y añadió—: ¡Cómo si eso fuera malo!

Me eché a reír a pesar de que no tenía ganas de hacerlo, mientras él preguntaba ahora:

—¿Algo más, Markan?

Apuré el *whisky* y me puse en pie.

—No, por ahora no.

—Correcto —me imitó—. Venga cuando guste. Aquí será bien recibido.

Me tendió la mano que estreché y acto seguido me acompañó a la puerta del apartamento.

Allí se lamentó.

—Siento no haberle podido ayudar, Markan.

Dejándole completamente desconcertado respondí:

—En eso se equivoca, Borden, ya que me ha ayudado bastante. Quizá más que usted mismo se cree.

Sin darle tiempo a que contestara abandoné el apartamento y me encaminé al ascensor, pensando en cierto bolso que había visto y en cierta dama.

Preguntándome una vez más si aquélla se encontraba aún allí, esperando a que yo abandonara el mismo.

No logré contestarme a la pregunta.

CAPÍTULO X

Me acerqué a la barra.

Casi de inmediato tuve al barman frente a mí.

—¿Qué va a…?

Hice un gesto, se interrumpió y pregunté:

—¿Ha venido *miss* Stillman?

Me miró curiosamente, vaciló unos segundos y preguntó a su vez:

—¿Es usted Markan?

—Correcto, soy ése que dice. ¿Por qué?

Me sonrió.

—*Miss* Stillman tardará aún una media hora en empezar a actuar, míster Markan. Dijo que si lo deseaba que fuera a su camerino —señaló unos cortinajes colocados al fondo del local y agregó—: Por allí.

Di las gracias y empecé a cruzar el local.

Detrás de los cortinajes un espacioso pasillo, con lujo sobrio y elegante, y una hermosa pelirroja con muy poca ropa encima.

Pregunté mientras me sonreía:

—¿El camerino de *miss* Stillman?

—El tercero a mano derecha. Y verá su nombre en la puerta.

Di las gracias y continué avanzando.

Llamé con los nudillos, y de inmediato oí su voz:

—Adelante, está abierto.

Empujé la puerta y entré.

Se estaba arreglando las medias cara a la puerta.

Arqueó una ceja cuando me vio, terminó con las costuras de aquélla y empezó con la otra. Luego se irguió en toda su estatura y se me acercó moviéndose como una serpiente y me echó los brazos

al cuello.

La abarqué por la cintura y por espacio de más de un largo minuto permanecimos estrechamente abrazados hasta que Julie me apartó casi con violencia.

—Vete ahora, Cliff —dijo con voz sofocada y tuteándome—. Fuera, en el salón, hay una mesa reservada para ti. Cuando acabe con mi actuación iré a verte. Tenemos que hablar.

Me empujó, quise besarla de nuevo, pero no lo conseguí.

En la barra el mismo barman me sirvió un *whisky* y a continuación de apurarlo le pregunté por la mesa.

Me la indicó.

Me senté con otro vaso de *whisky* en espera de que Julie hiciera su aparición después de haber ordenado que nos trajeran para los dos una botella de champaña.

Sandra pagaba veinte mil dólares por mi trabajo aparte de lo que me había prometido en relación al traslado de mi oficina y por tanto podía permitirme aquel pequeño despilfarro.

Clavé los ojos en las parejas que danzaban en la encerada y circular pista hasta que aquélla quedó vacía.

Julie apareció minutos más tarde, tomó el micrófono y empezó a cantar.

Su voz y su estilo me cautivaron casi en el acto, pero no tanto como para que no me diera cuenta que la falda era como me había dicho.

Ahora se encontraba de perfil y claramente pude ver en su totalidad la hermosa pierna de aquel lado envuelta en media negra calada.

Las mismas que se estaba poniendo cuando yo entré en su camerino.

Terminó poco después entre una salva de aplausos. Tuvo que repetir y luego vino a mi lado, sonriendo.

Puso las manos sobre la mesa, se inclinó y me besó suavemente delante de todos.

A continuación se sentó.

—¿Te gustó, Cliff? —preguntó.

—Mucho —dije, diciendo la verdad de lo que sentía.

Sonrió con la bonita sonrisa de siempre.

—Pues a mí no.

No fingí asombro cuando contesté:

—¡Cuernos! ¿Por qué?

—¡Oh! Verás, Cliff, odio todo esto. Todo lo que significa exhibición, pero no tengo otra opción. Pagan bien, ¿sabes? Y tengo que vivir. Claro que cuando me case contigo no será así. Entonces, sólo cantaré para ti y nada más que para ti.

Me dejó sin aliento y con el pensamiento puesto en Sandra.

Cuando me recobré su semblante estaba enormemente serio y el barman se encontraba a nuestro lado sirviendo el champaña que anteriormente pidiera yo.

Al alejarse, luego de habernos servido, empecé:

—Creo que harías un mal ne…

Me interrumpió con un gesto.

Su semblante continuaba serio cuando preguntó:

—¿Por qué has hecho eso, pesquisa?

La miré con asombro.

—¿He hecho el qué, preciosa? —pregunté a mi vez.

—La mentira que le contaste al teniente Mulligan.

Solté un respingo más que regular e inquirí:

—¿Es que ha ido a verte?

—¡Claro! Y me tomó de sorpresa. La suerte para ti, pesquisa, es que yo soy una chica muy lista. Pero ¿por qué?

—Por la sencilla razón de que sospecha de mí con relación al asesinato de un hampón ocurrido la otra noche en Central Park. Me pidió una coartada y no tuve más remedio que mentir, monina.

Frunció el entrecejo.

—Pues me has puesto en buen lugar, querido.

—¿Sí…? ¿Por qué?

—¿Pero es que no lo sabes?

—Si no te explicas, no.

—¡Pero si es sencillo! —se burló—. ¿Sabes?, me preguntó cuánto tiempo hacía que tú y yo sosteníamos relaciones íntimas.

Divertido en el fondo procuré contestar lo más seriamente que pude:

—¿Y tú qué le dijiste, Julie?

—Pues… pues que hacía bastante tiempo. Que no lo recordaba. Con eso pareció quedar satisfecho y se fue luego de hacerme un montón de preguntas todas ellas encaminadas a tratar de tomarme

en una contradicción, pero no lo logró —hizo una ligera pausa y preguntó—: ¿Te das cuenta en la situación que me dejas delante de todos?

Contesté con otra pregunta.

—¿Es por eso por lo que me has besado aquí, a la vista de los clientes del club? ¿Para corroborar tus palabras al teniente?

Ante mi estupor se echó a reír.

—No, Cliff, querido —contestó—. Nada de eso. Lo hice porque me gustó y nada más. Ahora puedes tomarme por lo que quieras.

Hizo una pausa y preguntó quizá con el deseo expreso de no continuar por aquel terreno:

—¿Dónde tienes a Sandra, querido?

Salté materialmente sobre el asiento y acto seguido me palpé la americana.

—Desde luego en el bolsillo no, cielo —dije.

No se rió.

Sus ojos chispeaban cuando los fijó en los míos.

—No, desde luego no. Pero ¿dónde está? En tu apartamento no.

—¡Diablos, Julie!, ¿cómo lo sabes?

—¡Oh! Yo también he hecho esta mañana mis «pesquisas», querido, con el resultado que te digo.

—¿Por qué?

—Me interesa todo este asunto.

—¿Sí…?

—¡Claro!

—Pues no te comprendo, querida.

—No obstante es bien sencillo. Apuesto a que es la propia Sandra la que te paga para que la saques del lío en que se ha metido con el asesinato de Latimer.

De asombro en asombro contesté:

—¿Cómo estás tan segura?

—Yo nunca estoy segura de nada, querido.

Bebió de golpe su copa de champaña, le serví otra y entonces contesté:

—Sea como sea, Julie, continúo sin entenderte.

Sus ojos azules chispearon una vez más.

—Hay un trío que no me gusta, Cliff. Es decir, ahora sólo queda un dúo. El dúo Sandra-Borden. Investiga sobre eso. ¿O lo has hecho

ya?

—Especifica más, ¿quieres?

Tardó unos segundos en contestar y cuando lo hizo fue con una pregunta:

—¿Sabías que Borden siempre Deseó a Sandra y que ésta prefirió a Latimer?

—Sí.

—¿Y no te dice eso nada?

—No. ¿Y a ti?

—Mucho.

—Vuelvo a pedirte que te expliques, ¿quieres?

—La verdad es que puesta a explicar las cosas ya no son tan sencillas.

—¿No…? —me burlé.

—Bueno, verás, yo lo veo así: Borden pudo muy bien matar a Latimer por lo que éste representaba para Sandra, ¿no?

Sonreí.

—Tú misma te contradices, ricura, ya que si mal no recuerdo, me dijiste en cierta ocasión que Latimer estaba enamorado de ti. Que tenía todo cuanto una mujer como tú podía desear, y que deseaba casarse contigo y que si no lo hiciste fue a causa de la propia Sandra, ¿no?

No contestó.

No lo hizo, por lo que proseguí:

—Apuesto a que le mataste tú, ¿verdad?

No te alteró.

—No, querido pesquisa, no fui yo quien lo hizo. ¿Por qué no le preguntas a Sandra? Tal vez ella te diga algo.

—¿Por qué Sandra, precisamente?

—Porque tal vez ella fue la que lo mató, ¿no?

—Me estás sorprendiendo, querida. Siendo amantes, y ella infinitamente rica, ¿por qué iba a hacerlo? ¿Es que tenía celos de ti?

Julie contestó muy seria:

—¿Por qué no iba a tenerlos? Tengo mejor fachada que ella y mejores piernas, ¿no?

Y como si quisiera corroborar aquello se apartó un poco de la mesa y dejó que la falda se abriera a ambos lados de las mismas.

No dije nada, pero empecé a sudar.

Se rió de mí mientras se ponía en pie.

—Dentro de poco tengo que volver a actuar, Cliff. Si me esperas cantaré para ti, luego bailaremos y finalmente nos iremos.

—¿Dónde? —pregunté levantándome también.

—Adivínalo —contestó.

Me lanzó un beso con la punta de los dedos, dio media vuelta y se fue dejándome solo.

Esperé tres minutos y fui a la cabina telefónica; levanté el auricular y marqué.

—¿Sandra…?

—¡Cliff, querido! ¿Ocurre algo?

—No. Simplemente te llamé por si había algo de particular.

—¿Cuándo vas a venir?

—Dentro de un par de horas. Dime, ¿algo nuevo por ahí?

—Nada…, es decir, sí. He oído la radio, ¿sabes?

—¿Y qué?

—Me están buscando. Me acusan de asesinato en primer grado y eso no es verdad. Tú lo sabes, Cliff. Yo… tengo mucho miedo. Están vigilando las estaciones de ferrocarril, el aeropuerto, las carreteras y todas y cada una de las salidas de Nueva York. ¿Qué… qué voy a hacer?

—Lo que hasta ahora, querida.

—Pero… pero ¿es que no comprendes que es inaguantable permanecer aquí encerrada horas y horas…?

—Peor sería si estuvieras en la celda de la muerte esperando al capellán que vendría a ti minutos antes de llevarte a la silla, querida. Por otra parte, Sandra, en el mismo lugar estoy yo. Si tú resultaras ser la asesina, a mí me procesarían por encubridor, ¿comprendes?

Dejó de protestar y contestó algo más serenamente:

—Estoy nerviosa y tengo miedo, Cliff, ésa es la verdad. Sí tardas mucho en solucionar este problema creo que voy a volverme loca —hizo una ligera pausa y preguntó—: ¿Has estado en mi apartamento?

—No. ¿Por qué?

—Me gustaría saber si el chantajista ha vuelto a dar señales de vida, Cliff. Dime, ¿no tienes idea de quién pueda ser?

La tenía.

Era una vaga sospecha, pero dije lo contrario.

—No, aún no.

—¡Pero Cliff…!

La atajé.

—Escucha, ricura —dije—, esta misma noche o lo más tarde mañana por la mañana tendré a ese asesino y tú quedarás libre.

—¿Sí…? Dime, ¿de quién sospechas?

—Tengo tres nombres, linda —contesté—. Julie Stillman, Mona Merrick y Lass Borden. Uno de los tres lo hizo. No preguntes cuál porque aún no lo sé.

—Pero eso… eso es…

Le interrumpí por segunda vez:

—Sostén los nervios y tranquilízate, Sandra. Esto se arreglará esta misma noche por muy extraño que te parezca.

—Quisiera creerte, Cliff.

—Te estoy diciendo la verdad. Tengo todos los hilos de la trama y espero resolver el problema dentro de pocas horas, como te he dicho.

Pensaba, una vez más, en las palabras que me dijo el teniente Mulligan y de nuevo aquella idea saltaba a mi mente para mi desespero ya que cada vez estaba más seguro de que él me había dado la clave del enigma.

Pero sin saberlo, claro está.

—Cliff, ¿estás ahí?

Me sobresalté.

Por unos segundos había olvidado que Sandra se encontraba al otro lado del hilo esperando mi respuesta.

—Sí —repliqué—. ¿Algo más?

—No, nada. Simplemente que vengas pronto. Te estoy esperando.

Una vez más se lo aseguré, me despedí de ella y regresé a la mesa donde me senté.

Julie actuó tres o cuatro veces más y luego vino a mí lado, finalizada aquélla. Bailamos por espacio de un par de horas hasta que una de las vueltas, rozando mi mejilla con la suya, dijo:

—Cliff, estoy terriblemente cansada, ¿sabes? Desearía irme a dormir.

—¿Acabamos con…?

—¡Oh, sí, claro!

Continuamos bailando y al finalizar el bailable nos encaminamos a la calle.

Subió a su coche, me miró por el hueco de la ventanilla y lo mismo que la primera vez que tropecé con ella dijo:

—Vamos, sube, te llevaré.

Empecé a rodear el automóvil cuando vi el sedán.

Largo, pintado en negro, y llevando en la parte de atrás esas aletas parecidas a los timones de los aviones.

En principio no hice caso, era un coche como otro cualquiera, pero luego sí. Bastó para ello que viera el brillo de un arma cuando acelerando al máximo pasó bajo una de las luces del alumbrado y entonces grité:

—Al suelo, Julie… ¡Pronto!

Mi voz la ahogó el estampido de una pistola ametralladora y me lancé adonde había aconsejado, de cabeza, en tanto el sedán pasaba por mi lado como una centella para doblar por la próxima bocacalle haciendo chirriar las cubiertas sobre el asfalto.

Maldiciendo me puse en pie y me acerqué al coche de Julie justo en el momento que ella levantaba su adorable cabeza coronada de rizos rubios.

Abrí la portezuela y continué:

—Vamos, Julie, rápido, si no quieres que dentro de poco empiecen a molestarnos los policías.

La violenta arrancada me lanzó contra el respaldo del asiento y cerré los ojos mientras el automóvil rodaba sorteando el tráfico en dirección al apartamento de Julie.

Todavía continuaba pálida cuando entramos en el *living*.

Me encaró al instante.

—Mientras me cambio de ropa, querido, ¿serías tan buen chico que me prepararas algo de beber? Me está haciendo mucha falta, pues he recibido un susto terrible. Oye, pesquisa, ¿es siempre tan interesante el estar a tu lado?

—Algunas veces mucho más, linda —contesté con suficiencia.

—¿Sí…? Pues ya me explicarás cómo.

—¡Oh! Pues es bien sencillo. Pongamos por ejemplo que vienes a mi lado, y yo me dejo matar. El nombre en los periódicos, las interviús de los periodistas, las preguntas de la…

—¿Quieres no ser animal, Cliff? —me atajó un segundo antes de dar media vuelta para acto seguido entrar en su dormitorio por lo que sin más dilación me encaminé al frigorífico y luego al mueble-bar.

Mediaba mi *whisky* cuando apareció, y estuve a punto de ponerme en pie de un salto.

Desvié mis ojos de ella cuando se sentó en el sofá, frente a mi, y esperé sin saber qué.

Fue una pregunta:

—¿Por qué han querido matarte, Cliff?

La miré ahora.

—¿Cómo quieres que lo sepa, monina?

Me sonrió.

—Era el asesino, ¿verdad?

—¿El de Latimer?

—¡Ah! ¿Pero es que hay otro?

No respondí.

Tomé el vaso y empecé a beber lentamente. Lo mediaba cuando Julie dijo:

—De verdad, Cliff, ¿quién disparó contra ti? Sandra Bartock, ¿verdad? ¿O acaso fui yo?

La miré y me dedicó una burlona sonrisa.

—¿Quién? —preguntó una vez más.

—¿Me creerías si te dijera que no lo sé?

—No.

—Es consolador, querida —dije—, pero es así. No tengo ni la menor idea.

—Entonces cambiamos de conversación. Es mejor, ¿verdad?

—¿Y de qué vamos a hablar?

—De nosotros, de nuestra boda, del día en que no tenga que volver al «Fígaro», de…

—¡Eh! ¡Para! Para, que nadie ha hablado de boda, por lo menos que yo sepa.

Hizo un mohín de disgusto, tomó el vaso y bebió.

Cuando terminó estaba muy cerca de mí.

—Voy a darte un beso, Cliff —dijo.

Vino a mis brazos.

Una hora más tarde nuestro idilio lo rompió el insistente

repiquetear del timbre de la puerta de la calle.

Julie se apartó de mí como si yo quemara y de inmediato puse un dedo en sus labios.

—Pregunta quién es, linda —dije en voz baja—. Estaré a tu lado. Ahora, y por si acaso, dime, ¿dónde se encuentra la escalerilla de emergencia?

—Pero…

La atajé en seco:

—Haz lo que te digo y no protestes, linda.

Sin pronunciar una sola palabra más, Julie se levantó, atravesó la puerta del dormitorio, cruzó el *living* y siempre llevándome detrás se acercó a la que daba acceso a la salida del apartamento en tanto que el timbre continuaba repiqueteando de una manera casi intermitente.

—Ya va… Ya…

El timbre calló.

Hubo unos segundos de silencio y Julie preguntó de mal talante:

—¿Quién diablos llama a esta hora? Vamos, conteste.

—La policía. Abra la puerta, *miss* Stillman.

—Espere un momento, por favor.

Miró por la mirilla, se volvió a mí y le hice una seña de que esperara unos segundos. Retrocedí entonces, en la puerta del *living* me detuve para lanzar un beso con la punta de los dedos y un minuto escaso después me encontraba en el dormitorio con un pie en el alféizar de la abierta ventana.

Alcancé la calle y rápidamente fui en busca del coche de Julie sabiendo que ella, cuando lo guardaba en el garaje, dejaba las llaves puestas con objeto de facilitar las cosas si los empleados del mismo tenían que moverlo de un lado para otro.

CAPÍTULO XI

Conduje hasta uno de los bares de Columbus Circle, en la barra pedí un *whisky* y mientras me lo servían me encaminé hacia la cabina telefónica con el pensamiento puesto en el teniente Mulligan.

Porque era verdad; mi amigo Jeff me había dado la clave del enigma y lo recordé justo en el momento en que le oí contestar a través de la puerta del apartamento de Julie.

La rubia y bella Julie.

Una mujer como no había conocido otra. Con fuego en cada uno de sus besos, de sus caricias.

Una mujer inigualable.

Levanté el auricular e hice la primera llamada. Luego otra y otra más y, finalmente, una cuarta, ésta a la «Morgue».

El cuerpo del matón que asesinaron en Central Park había sido identificado.

Joe Presley.

Con prontuario policíaco.

Pregunté dónde vivía, si tenía familiares y me informaron. De ahí hasta el final de todo aquello iba a ser fácil para mí.

Regresé a la barra consultando el reloj de pulsera.

Era tarde, muy tarde cuando empecé a beber mi *whisky* profundamente satisfecho conmigo mismo aunque alguien, el asesino, no lo iba a estar tanto cuando levantara de la cama.

Terminé el *whisky*, pagué, y al ir hacia la puerta de salida recordé a Sandra.

La pobre muchacha estaría intranquila. Tal vez levantada en espera de una llamada mía.

Sonreí al encaminarme por segunda vez a la cabina telefónica.

Levanté también por segunda vez el auricular y marqué.

No esperé mucho.

Cuestión de segundos y Sandra se puso al aparato.

—¿Sandra…?

—¡Cliff, amor! ¿Qué es lo que ocurre? ¿Por qué has tardado tanto en llamar? Es… es que no vas a…

La interrumpí:

—Puedes acostarte tranquila, monina —dije—. Ya tengo al asesino.

—¿Qué…?

—Te dije que era cuestión de horas y como ves no te mentí. Dentro de poco lo entregaré a la policía.

Siguieron unos segundos de silencio que Sandra rompió:

—Vas a detenerle ahora, ¿verdad?

—Sí.

—¡Oh, Cliff!

—¿Qué te ocurre?

—Sencillamente que tengo miedo.

—¿Miedo…? ¿Por qué?

—Por ti. Cuídate, ¿quieres? —vaciló un poco y preguntó—: ¿Quién fue, Cliff? Dímelo.

—Ya te enterarás por los periódicos, querida.

—¡Cliff! —exclamó—. ¿Es que no lo comprendes?

—¿Qué es lo que no comprendo?

—Eso mismo. Necesito saberlo. Si te ocurre algo…

Cliff, yo… yo no quiero que ese hombre se escape. Si lo hace, más tarde o más temprano la policía dará conmigo y… y tú sabes lo que eso representaría, ¿no? Quiero saberlo, lo necesito, Cliff, amor. Dímelo, ¿quieres?

Vacilé un poco, pero al fin se lo dije.

—¿Qué…? —contestó—. Pero ¿por qué?

—Eso, querida, te lo explicaré más tarde. ¿Qué te parece si te metes en la camita como una buena chica y me esperas hasta que yo vaya? Entonces, como todo habrá terminado, te lo contaré.

No protestó.

Simplemente se limitó a decir lo de siempre:

—Cuídate, Cliff. Ten cuidado, mucho cuidado y… buenas noches.

—Buenas noches, Sandra.

Colgué y abandonando la cabina telefónica me encaminé por segunda vez al mostrador ante la mirada curiosamente asombrada del barman.

—Póngame otro *whisky* —dije.

Lo hizo, y empecé a pensar.

Estaba atando los últimos cabos de todo aquello.

No deseaba equivocarme en modo alguno. No me equivocaba, pero tenía que hablar largo y tendido, tenía que decirle al asesino el porqué de todo aquello.

¿Pruebas?

Bueno, no tenía ninguna, pero confiaba en mi intuición. Confiaba en la suerte, en el Destino si se quiere.

Media hora más tarde abandonaba el bar y de nuevo, frente al volante del coche de Julie, por las calles casi solitarias en aquella hora de la madrugada, conduje sin saberlo, hacia mi verdadero destino.

Estacioné una manzana antes de llegar y luego, lentamente, me fui acercando a aquel edificio de apartamentos.

Como esperaba, la enrejada puerta que daba acceso a la escalera estaba cerrada, pero no me fue difícil abrirla empleando para ello una ganzúa.

Subí por la escalera y al mediar el camino pasé la «Colt-Cobra» de la funda de la axila al bolsillo derecho de la americana.

Vacilé frente a aquella puerta mientras me preguntaba si estaría dentro o por el contrario se encontraría en otro lugar. En un lugar en el que yo debí tener en cuenta antes de llegar hasta allí.

Pulsé el timbre.

Una y otra vez, hasta que oí la voz airada del inquilino.

—¿Quién diablos…?

—Markan —dije como toda respuesta—. Abra, es importante.

Lo hizo.

—Pase, pesquisa.

Ni siquiera llevaba el pijama puesto aunque iba en mangas de camisa. En su mano derecha sostenía una pequeña automática, enormemente peligrosa a aquella corta distancia.

—¿Me estaba esperando? —pregunté procurando aparentar una serenidad que no sentía.

—Desde hace horas —respondió—. Desde la primera vez que

estuvo aquí. Vamos, entre.

Se apartó a un lado sin dejar de apuntarme y acto seguido me condujo al *living*.

—Siéntese, pesquisa —dijo.

Lo hice y por espacio de unos segundos ambos nos miramos en el más profundo silencio.

Lo rompí con una pregunta:

—¿Le mató por Mona o fue por Sandra, Borden?

Me miró y se echó a reír.

—¿A quién? —preguntó a su vez—. ¿A Latimer? Usted está loco, pesquisa. Yo no le maté.

—¿No…?

—¡Claro!

Señalé la automática que empuñaba.

—Entonces, ¿por qué esa amenaza?

—Una equivocación por parte mía que le va a costar la vida, Markan. Creí que lo sabía todo y resulta que no sabe nada. Desde luego, actué en contra de Sandra Bartock. Lo hice por los motivos que usted sabe, pero yo no maté a Latimer.

—Entonces, ¿quién lo hizo?

Se rió de mí.

—Se asombraría si se lo dijera. Por otra parte, estoy seguro de que no me creería ni mucho menos.

Empecé a pensar, y contesté:

—Correcto, Borden, no mató a Latimer, pero sí lo hizo con aquel matón. Con Joe Presley. Le asesinó para cargarme a mí con el muerto. Le estorbaba a usted desde el mismo momento en que se enteró que Sandra había contratado a un privado para que la protegiera de un chantajista y de la acusación de asesinato que pesaba contra ella por la muerte de Latimer. Usted… Bueno, le vieron hablando con él en uno de los bares de la calle Hudson, ¿comprende? Supongo que le contrató para que fuera en busca de los diez mil dólares que usted le pedía a Sandra por su silencio. Siguió al matón y cuando éste me golpeó en la nuca, creyendo que yo no recobraría el sentido hasta pasado cierto tiempo, le mató, se apoderó de un sobre que no contenía absolutamente nada, se fue, llamó a la policía, pero ahí fue cuando cometió el error. Yo me recobré antes, y su aviso a la policía resultó fallido. Ahora, Borden,

¿quiere decirme el porqué del odio que sentía contra Sandra?

Sonrió.

—Si acaba de adivinar lo otro, para usted debe ser sencillo dar con el resto, pesquisa —vaciló unos segundos y continuó—: Sandra era admirada y deseada por todos cuantos hombres la conocían con la misma intensidad que la odiaban. Sólo uno tuvo suerte con ella: Robert Latimer. Latimer que se burlaba de todas. Latimer que vivía de ellas. ¿Es que no lo comprende aún, pesquisa?

Sin hacer caso de su pregunta le interrumpí:

—Fue por eso por lo que le mató, ¿verdad?

Volvió a reír.

—Soy un asesino, Markan —confesó—. Ya ve que no tengo inconveniente alguno en confesarlo pues va a morir, pero no asesiné a Latimer. No, no lo hice. Las cosas ocurrieron sobre poco más o menos como acaba de explicarlas. Intenté un chantaje contra Sandra ya que se lo merecía. Cuando me enteré que se había hecho cargo del asunto ocurrió el asesinato de Presley, quizá porque perdí la cabeza o porque mi mente no regía como es debido, pero jamás rocé un solo cabello de Latimer. Piense, pesquisa, que tiene la solución al alcance de la mano. Desde luego, si intenté eso contra Sandra, fue porque siempre la deseé casi tanto como la odiaba.

Hice lo que me rogaba.

Empecé a pensar.

De pronto algo estalló dentro de mi cerebro con fuerza arrolladora. Con tal ímpetu que sin poderme contener exclamé:

—¡Cristo! ¡Eso no puede ser!

—¿No…?

En su sencilla pregunta había un mundo de sarcasmo para mí.

—Pero ¿por qué? —pregunté.

—Quizá a causa de alguna mujer. Un crimen por celos. No olvide que Latimer… —se interrumpió mirándome fijamente y añadió—: Lo siento pesquisa, pero vamos a dar un paseo.

No pregunté dónde porque no hacía falta.

—Vamos, levántese.

Lo hice y los dos quedamos frente a frente por espacio de varios segundos hasta que él dijo:

—Vamos, camine. Hacia la puerta. Supongo que habrá traído coche, ¿verdad? Lo usaremos.

Hizo un movimiento con la automática, me puse en pie y aquello fue todo por el momento.

—Tú no vas a ninguna parte. Ni tú, ni Markan.

Borden lanzó una maldición, se volvió en redondo encarándola con la pistola y en el acto hubo un taponazo.

Algo parecido al sonido que produce una botella de champaña al ser destapada.

Borden lanzó un gemido y se desplomó al suelo como un fardo. Entonces me vi frente a la pavorosa automática empuñada por Sandra y que me apuntaba en el centro del pecho.

—¿Sorprendido, querido? —preguntó—. Vamos, siéntate.

No hacía falta la orden, ya que me dejé caer en el sillón que acababa de abandonar.

La miré a los ojos.

Ojos que chispeaban malignamente.

—Sorprendido, ¿verdad?

Lancé una fugaz mirada al cuerpo inanimado de Borden.

—Sí, un poco —confesé.

Se echó a reír.

—Apuesto a que te estás preguntando por qué lo hice, ¿verdad?

—Ahora ya no —contesté tras una ligera vacilación—. Ahora ya no, Sandra.

Arqueó las cejas en ademán evidentemente sorprendido.

—¿No…? ¿Por qué?

—Es muy sencillo Tal vez demasiado sencillo y por su sencillez no di antes con la solución, querida. Tú mataste a Latimer a causa de Julie Stillman. Apuesto lo que quieras, pero es así.

Sonrió lo mismo que una hiena.

—Correcto, pesquisa —respondió—. ¿Puedes decirme también los motivos?

Hice una mueca.

—Sí, creo que sí —contesté—. Por celos. El era tu amante, cosa que siempre negaste, y por otra parte, intentaba seducir a Julie. Eso te dio miedo. Tal vez le amabas y por eso, loca de celos, acabaste con él. Eso no lo sé con seguridad. ¿Por qué no me lo cuentas tú, dulzura?

La pesada automática que empuñaba se movió nerviosamente en su mano y por primera vez en mi vida tuve miedo.

—Verás, Cliff —empezó—; el asunto, por lo sencillo, espanta. El era mi amante como has dicho y yo estaba loca de celos, ya que sabía que Robert bebía los vientos por Julie Stillman. Una noche…, aquella noche, le cité en mi apartamento. Deseaba poner las cosas en orden. Hablamos durante bastante tiempo. Mucho tiempo si me quieres creer. Se burló de mí. Dijo… dijo que le había prometido a Julie cambiar. Acabar conmigo si ella le daba promesa de matrimonio. Le odié en aquel entonces. Deseé verle muerto a mis pies y más cuando le supliqué y empezó a reírse de mí. A burlarse, hasta que llegó un momento en que me dijo que yo era una cualquiera, que sólo había sido un pasatiempo para él, y que la Stillman era mucho mejor que yo en todos los sentidos. Le pegué un tiro en la cabeza, Cliff. Y aún recuerdo la expresión de sus ojos y de su semblante cuando unos segundos antes vio cómo le apuntaba con esta misma arma. Ya que no era para mí, tampoco tenía que ser para nadie y mucho menos pera esa maldita cantante de salón.

»Luego tuve miedo. No sabía hacer con el cadáver Entonces pensé en algún oscuro detective privado que mediante una cantidad le hiciera desaparecer. Consulté la guía y por casualidad tropecé contigo como pude tropezar con otro cualquiera. Vinimos aquí, pero el cadáver ya no estaba. Sospecho que fue Borden el que lo hizo desaparear luego de haber sacado unas cuantas fotografías del apartamento y del muerto al objeto de que su chantaje fuera mucho más perfecto. Recibí una carta y fui a verte. Una carta con las fotografías. El resto, Cliff, amor, ya lo sabes.

—¿Cómo… cómo supiste que fue Borden?

—También fue sencillo aunque ya resulte cargante repetir tanto esa misma palabra. Tú mismo me lo dijiste esta noche, de palabra y por teléfono. Yo no sabía nada de nada hasta que te oí mencionar que él era el asesino. Empecé a pensar y atar cabos, hasta que llegué a la conclusión de que no podía ser, no de Latimer, porque a Latimer lo maté yo. Por tanto, sólo había una solución. De un modo u otro Lass me había visto cometer el crimen. Esperó a que yo abandonara el apartamento y sacó esas fotografía». Por eso me presenté esta noche aquí sabiendo que os encontraría a los dos juntos y que al negar él, tú, indefectiblemente, sospecharías de mí.

—¿Y ahora…?

Me interrumpió.

—Ahora lamento ser yo la que te mate, Cliff, pero los muertos no hablan.

Hizo una ligera pausa sin que ya osara interrumpirla y agregó:

—Lo siento, Cliff, pero es tu vida a cambio de la mía. Yo te amo, te amaré siempre, y también me dolerá esto que hice. Pero tiene que ser así. Comprendas, ¿verdad? —Miró el cadáver de Borden y continuó—: Voy a componer la tragedia, la última parte del drama, Cliff, cielo. Para todos, Borden será el asesino. El también te habrá matado a ti ya que cuando os descubran llevará en la mano esta misma automática…

La interrumpí:

—¿Sí…? ¿Y cómo? Las dos balas, la que me mate y la que le mató a él coincidirán con las de esa arma. ¿Lo has pensado bien?

Crispó el rostro.

—De todos modos es igual, Cliff —dijo—. Ya pensaré algo cuando te vea muerto. Vivo eres para mí un verdadero peligro.

Levantó la automática y en aquel momento intervino el Destino en favor mío.

El Destino o la casualidad en forma del insistente repiqueteo del timbre de la puerta de la calle.

Sandra sufrió un sobresalto, apartó los ojos de mí para mirar hacia atrás y entonces salté.

Cuando apretó el gatillo disparando contra mi yo ya tenía sus hermosas piernas entre mis brazos, por lo que la derribé al suelo donde luchamos como el perro y el gato por la posesión del arma hasta que en un golpe de suerte pude dejarla sin sentido.

Entonces me puse en pie sudando por todos los poros de mi cuerpo y fui a abrir.

—La chica nos dijo que estaba allí con ella, Markan —dijo Mulligan apenas me vio—. Eso me hizo pensar y recordar nuestras conversaciones hasta que llegué a la conclusión de que era Borden el que mató a Latimer y por causa de San…

Mi bronca risa le interrumpió.

—No fue así, teniente —dije—. Venga, pase conmigo. La asesina de Latimer es la propia Sandra Bartock.

—¡Qué día…!

—Nada de diablos —corté secamente—. Venga conmigo, se lo explicaré.

* * *

Al día siguiente, por la noche, fui a despedirme de Julio.

Al «Fígaro», donde ella cantaba.

Cuando le dije lo que pensaba hacer no protestó, simplemente se limitó a formular una pregunta:

—Es por Sandra, ¿verdad?

—Sí, es por ella.

—La querías mucho, ¿no?

La miré a los ojos.

—No lo sé. No lo puedo saber. Por eso deseo estar lejos de Nueva York. Quiero pensar a solas. Eso es todo.

No me contestó y me fui.

Regresé al cabo de los tres meses y en aquella ocasión tuve suerte, ya que me senté en la misma mesa que nos sentamos los dos por primera vez.

Julie actuó como siempre y luego vino a mi lado entre una salva de aplausos. Se inclinó sobre la mesa y me besó suavemente en los labios.

—¿Dónde iremos esta noche, Cliff? —preguntó.

—Por ahí, a cualquier parte.

Asintió y esperé a que terminara su actuación.

Fueron muchas noches las que nos encontramos en el «Fígaro» hasta que una de ellas, haciendo lo contrario que todo el mundo, me llevó a su apartamento… Se convirtió en mi esposa.

Si, ahora Julie, canta sólo para mí. Y creo que ninguno de los dos nos arrepentimos de ello.

Por otra parte, el recuerdo de Sandra Bartock, una mariposa de salón, se va borrando de mi mente poco a poco.

FIN

José María Moreno García, nació en Priego (Córdoba) en 1922. Utilizó el seudónimo de Joe Mogar. Empleó otros seudónimos como Alexis Dormunt, J. Mendoza, Alfred Allyson, Clay Duncan, Jesse McGraham, Joe Mogar, Joe Morgan, Pete Salazar, Joseph M. West, y como la mayoría de escritores de novela popular, tocó casi todos los géneros, desarrollando el grueso de su carrera profesional para Bruguera, pero también en menor medida para Toray, Petronio. Manhattan y otras editoriales.